MANUAL ~~DEL BUEN CIUDADANO~~

PARA COMPRENDER Y RESISTIR A LA CULTURA DE LA CANCELACIÓN

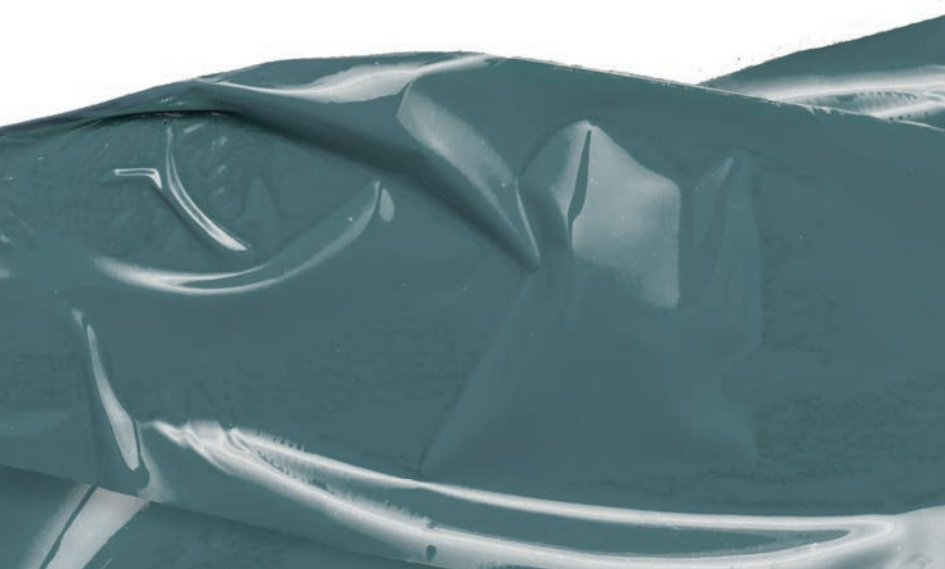
EL LIBRO DE LOS CANCELADOS

JORGE SOLEY

ACdP

JORGE SOLEY CLIMENT

Es economista y escribe regularmente en diferentes medios. Es patrono de la Fundación Pro Vida de Cataluña y ha sido presidente de European Dignity Watch y fundador del Center for European Renewal. Ha publicado el libro *La historia de los Estados Unidos como jamás te la habían contado*.



MANUAL ~~DEL BUEN CIUDADANO~~ PARA COMPRENDER Y RESISTIR A LA CULTURA DE LA CANCELACIÓN

MANUAL ~~DEL BUEN CIUDADANO~~ PARA COMPRENDER Y RESISTIR A LA CULTURA DE LA CANCELACIÓN

JORGE SOLEY

ACdP

Este libro está impreso íntegramente en papel certificado FSC® (papel extraido de explotaciones de bosques sostenibles). El uso de este papel refleja nuestro compromiso con el medio ambiente.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Esta editorial es miembro de UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

Manual ~~del buen ciudadano~~ para comprender y resistir a la cultura de la cancelación

© Jorge Soley, 2022
© de las ilustraciones, Guillermo Altarriba, 2022
© de la edición, Asociación Católica de Propagandistas, 2021

CEU *Ediciones*
Julián Romea 18, 28003 Madrid
Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30
Correo electrónico: ceuediciones@ceu.es
www.ceuediciones.es

ISBN: 978-84-18463-90-7
Depósito legal: M-2392-2022

Maquetación: Pedro Coronado Jiménez (CEU *Ediciones*)
Diseño de cubierta: Guillermo Altarriba

Impresión: Forletter, S. A.
Impreso en España

ÍNDICE

1. El tema de nuestro tiempo 11
2. Lo que pasó en las universidades durante los años 90 15
3. La Escuela de Frankfurt, la Teoría Crítica y la ubicua deconstrucción 19
4. La Revolución cultural maoísta 25
5. Gramsci nos da la clave 31
6. Adentrándonos en el mundo que Orwell vislumbró 37
7. Bienvenidos al reino de la corrección política 43
8. Algunas técnicas de manipulación en acción 47
9. Un poder «duro» para imponer falsos «derechos» 53
10. Basta el poder «blando»: estás cancelado (o «deplataformeado») 57
11. La cancelación del Dr. Seuss: todos somos sospechosos 65
12. Las universidades: zona cero 69
13. Arrasar nuestra cultura: peores que Atila 77
14. Iconoclastas del siglo xxi 87
15. El racismo está de vuelta (y esta vez los progres aplauden) 91

16. Solo un mongol queer vegano menor de veinte años puede traducir a otro mongol queer vegano menor de veinte años 99
17. La revolución trans no hace prisioneros..... 105
18. Cárceles de mujeres: una doble condena 115
19. El fin del deporte femenino 119
20. El mundo como una gran guardería 123
21. Ofendiditos y vigilados..... 127
22. El código secreto de la clase dirigente..... 131
23. Un totalitarismo que ha entrado por la puerta de atrás..... 135
24. La cristalización de una pseudorreligión..... 139
25. Vivir en la realidad, no en un mundo de mentiras..... 143
26. Lista provisional de términos que hacen saltar todas las alarmas..... 149

CANCEL
CANCELADO
CANCELADO
CANCELADO
CANCELADO

1

EL TEMA DE NUESTRO TIEMPO

Vivimos tiempos en los que el pasmo se convierte en rutina. Nos desayunamos con noticias que no hace mucho eran consideradas inverosímiles, política-ficción del peor gusto que habría arruinado la carrera del más reputado guionista.

Profesores expedientados por enseñar que el sexo está determinado por un par de cromosomas, cuentas de twitter suspendidas por afirmar que la hierba es verde, violadores convictos que dicen ser mujeres para ser trasladados a una prisión femenina donde violar a unas cuantas reclusas, estatuas de san Junípero Serra derribadas por «justicieros» descendientes de los puritanos que masacraron a los indígenas norteamericanos, mujeres deportistas que ven cómo su puesto en las Olimpiadas es ocupado por competidores con genitales masculinos, inocentes películas descalificadas como si fueran horrendas abominaciones (¡si hasta Dumbo es ahora políticamente incorrecto!), palabras de toda la vida que, de un día para otro, se convierten en términos prohibidos que pueden arruinar tu carrera o incluso tu vida…

Palabras canceladas. Estatuas canceladas. Libros cancelados… e incluso personas canceladas.

Todo debe ajustarse a los moldes de la corrección política.

La pregunta es obvia: ¿nos hemos vuelto todos locos?

Aún no del todo, pero vamos camino de lograrlo.

¿Qué ingrediente han echado al agua que explique esta explosión de chaladuras?

Quizás lo que ocurre es que estamos asistiendo ahora al estallido de algo laboriosamente preparado, algo que viene de lejos: llevamos mucho tiempo acumulando combustible y lo que contemplamos ahora es la combustión de esa gigantesca pira. Por eso será bueno, si queremos entender lo que acertadamente se puede calificar como el tema de nuestro tiempo, empezar por echar la vista atrás para vislumbrar cómo hemos llegado hasta aquí.

¡NO! ¡SUELTA EL ARCO!
¡¡ES SOLO UN ANIMALITO!!

2

LO QUE PASÓ EN LAS UNIVERSIDADES DURANTE LOS AÑOS 90

Hay quienes trazan la aparición de lo políticamente correcto en las controversias aparecidas en las universidades estadounidenses durante finales de los años 80 y principios de los años 90 del siglo pasado, cuando en 1991 la *New York Magazine* le dedicó su portada al entonces nuevo fenómeno junto a un artículo de John Taylor titulado «Are You Politically Correct?». Fueron los años en los que se empezaron a purgar los currículos de humanidades para aligerarlos de las obras de lo que les dio por calificar como una colección de «hombres viejos blancos» (tres rasgos que te condenan irremisiblemente al basurero de la historia según los criterios de los adeptos de esta peculiar «diversidad»). Purgas que uno de los testigos de su emergencia, el historiador François Furet, no dudaba en calificar como el «último intento de las utopías de regeneración de la *sociedad*».

En 1994 James Finn Garner publicaba sus *Cuentos infantiles políticamente correctos*, una parodia que reescribía los cuentos de toda la vida para amoldarlos a las nuevas exigencias. Por ejemplo, en el archiconocido cuento clásico, Caperucita ya no era una niña, sino una persona de corta edad, la tarta para su abuelita era sustituida por fruta fresca y agua mineral y se advertía a los lectores de que el encargo de visitar a su abuelita no recaía en ella «porque lo considerara una labor propia de mujeres, atención, sino

porque ello representa un acto generoso que contribuía a afianzar la sensación de comunidad». Obviamente, Caperucita desoye la advertencia del lobo acerca de los peligros del bosque y le echa en cara el sexismo encubierto en ese paternalismo lobuno. El lobo, en esta versión políticamente correcta, llegaba el primero a casa de la abuelita, pero no porque Caperucita se entretuviera contemplando las florecillas del bosque, sino porque el lobo, «liberado por su condición de segregado social de esa esclava dependencia del pensamiento lineal tan propia de Occidente, conocía una ruta más rápida para llegar a casa de la abuela».

No desvelaremos aquí el final de esta versión, nos limitaremos a citar la advertencia del propio autor:

> Deseo disculparme de antemano y animar al lector a presentar cualquier sugerencia encaminada a rectificar posibles muestras –ya debidas a error u omisión– de actitudes inadvertidamente sexistas, racistas, culturalistas, nacionalistas, regionalistas, intelectualistas, socioeconomistas, etnocéntricas, falocéntricas, heteropatriarcales o discriminatorias por cuestiones de edad, aspecto, capacidad física, tamaño, especie u otras no mencionadas.

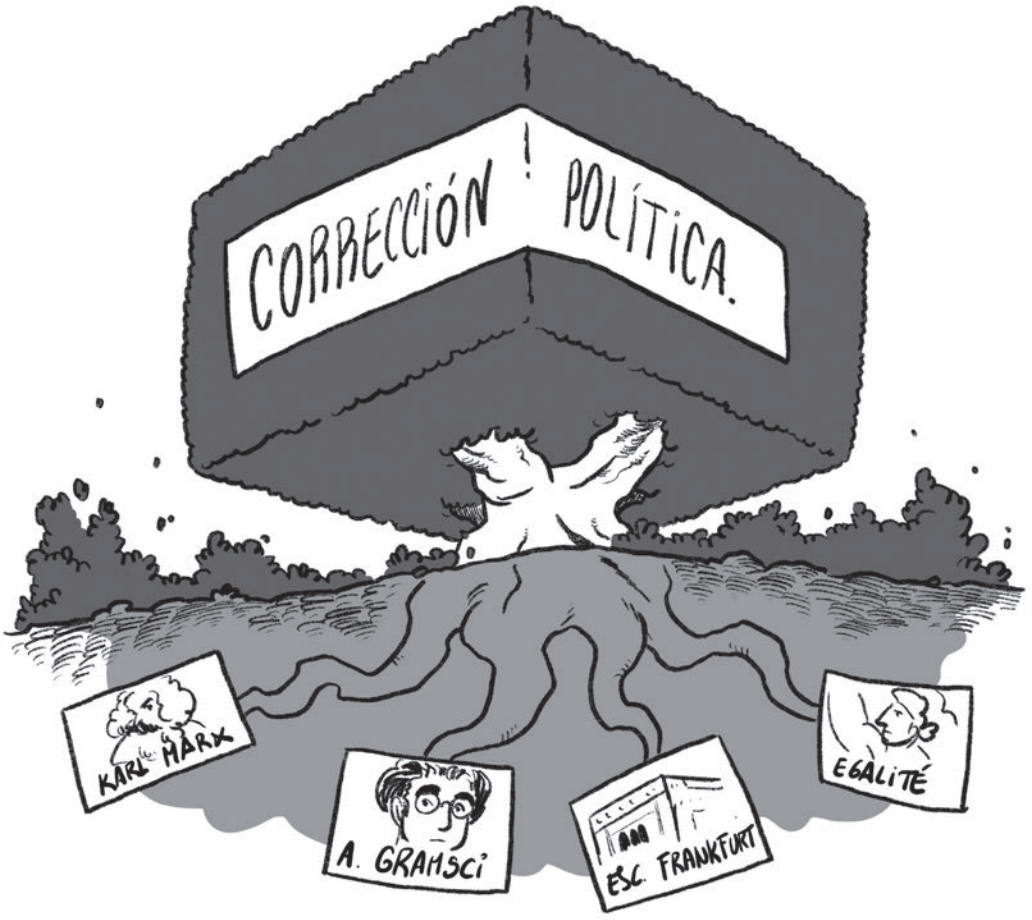
El libro de Finn Gardner trataba de exponer lo ridículas que eran las pretensiones de aplicar la corrección política al lenguaje y al argumento de una narración, confiando en que la contemplación de los resultados a los que lleva esa lógica haría entender lo absurda de esa pretensión. A la vista de la realidad actual, el intento ha fracasado: ahora se publican libros como aquel pero sin el menor atisbo de ironía. Lo que Finn Gardner suponía que era evidentemente ridículo ya no lo es y pasa por serio y respetable (e incluso merecedor de subvenciones estatales, que siempre se agradecen) para muchos.

El término «políticamente correcto», sin embargo, ya había hecho su aparición unos cuantos años antes. La URSS de Stalin, por ejemplo, empleaba la expresión «politicheskaya pravil'nost»,

corrección política, con connotaciones positivas como un medio de controlar a su población. Y del uso oficial pasó al uso literario en dos escritores que habían conocido de primera mano el totalitarismo comunista: el ruso Vladimir Nabokov y el polaco Czesław Miłosz.

Nabokov usó el término «políticamente incorrecto», dándole su significado actual, en su novela de 1947 *Barra Siniestra*, que transcurre en un régimen totalitario imaginario donde, según informa la prensa controlada por el Estado, «algunas organizaciones eran bastante malas y hoy están prohibidas», son «organizaciones políticamente incorrectas», esto es, desviadas de la «verdad» oficial establecida por el Estado.

Seis años después de que el ruso Nabokov empleara el término, fue el polaco Miłosz quien utilizó la expresión polaca «poprawny politycznie» («políticamente correcto») en su obra *La mente cautiva*. Allí la emplea en el contexto de la censura por parte del régimen comunista cuando, refiriéndose a un escritor, señala que «aún así, un tema políticamente correcto no le habría salvado del ataque de los críticos si éstos hubieran querido aplicar criterios ortodoxos, porque describió el campo de concentración tal y como lo había visto personalmente, no como se suponía que había que verlo», poniendo de manifiesto un aspecto clave de este fenómeno: el abismo que separa lo «políticamente correcto» de la realidad.


CORRECCIÓN ! POLÍTICA.
KARL MARX
A. GRAMSCI
ESC. FRANKFURT
EGALITÉ

3

LA ESCUELA DE FRANKFURT, LA TEORÍA CRÍTICA Y LA UBICUA DECONSTRUCCIÓN

Pero sigamos remontando el tiempo en dirección hacia los orígenes de la locura que ahora nos rodea. Lo que se vivió en las universidades a finales del siglo xx no fue otra cosa que la cristalización de una teoría que la Escuela de Frankfurt había denominado como Teoría Crítica y que fácilmente reconocemos en muchas de las noticias de hoy en día con las que empezábamos nuestro recorrido.

Pensadores como Max Horkheimer, Theodor Adorno, Herbert Marcuse o Erich Fromm, primero en Alemania y luego en Estados Unidos, inspirándose en Hegel, Marx y Freud, desarrollaron la influyente Teoría Crítica que toma su nombre de un artículo de 1937, obra de Horkheimer, titulado *Teoría Tradicional y Crítica*.

¿En qué se diferencia, para estos autores, la teoría de toda la vida de esta nueva Teoría Crítica?

La diferencia entre ambas consistiría en que, mientras que una Teoría Tradicional en el campo de las ciencias sociales pretende comprender y describir algún fenómeno social, la Teoría Crítica parte de la visión *a priori* de lo que considera que debería ser la sociedad para, tras detectar los elementos que no encajan en esa visión, organizar la movilización y el activismo que lleven a subvertir, desmantelar o transformar esos elementos. Es decir, la Teoría Crítica intenta derruir para rehacer después la sociedad de acuerdo con lo que ella ya había decidido antes incluso del análisis de la realidad.

El uso de la palabra «crítica» en los autores de la Escuela de Frankfurt deriva de la insistencia de Marx en que todo sea criticado «despiadadamente» y de su advertencia de que el objetivo del estudio de la sociedad es transformarla: lo que se conoce como primacía de la praxis. A la Teoría Crítica no le interesa la comprensión de la realidad o la verdad; al contrario, lo que le importa es la transformación social. La prioridad ya no será alcanzar un conocimiento más profundo, algo que incluso puede llegar a resultar molesto, sino organizar agresivas campañas para cambiar de arriba abajo la sociedad. ¿Les suena familiar?

Otro de los rasgos de la Teoría Crítica es que considera que para iniciar el proceso de derribo de cualquier fenómeno social hay que empezar por denunciar las supuestas relaciones de poder que lo conforman. En el *Manifiesto comunista* se podía leer que:

> toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases. Libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos de la gleba, maestros gremiales y aprendices; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta.

El esquema será el mismo, pero si Marx ponía el foco en las relaciones económicas y de propiedad, la Escuela de Frankfurt se centra en las supuestas relaciones de poder, alienación y explotación, así como en las relaciones entre sexos. Por eso ven, o dicen ver, o inventan directamente explotaciones por todas partes: es la excusa para iniciar esos procesos de acoso y derribo que cada vez son más frecuentes.

Se trata, proclaman, de hacer visibles las dinámicas de poder en una sociedad para cuestionarlas, criticarlas y, sobre todo, problematizarlas. De hecho, una de las principales claves de la Teoría Crítica es la problematización: hay que retorcer la realidad como sea con el fin de lograr colgarle el cartelito de «problemática», lo

que a efectos prácticos quiere decir que algo no coincide con la visión de los teóricos críticos y que, en consecuencia, es automáticamente considerado como un elemento de una dinámica de poder injusta.

Estos presupuestos generales han dado lugar, en función de los diversos tipos de supuestas relaciones de poder sometidas al estudio crítico, a diversas «teorías críticas», auténticas pseudociencias que, en realidad, y por muchos títulos pretenciosos que acumulen, no tienen fundamento científico alguno. La lista es larga y en continua expansión: la teoría poscolonial, la teoría queer, la teoría crítica de la raza, el feminismo interseccional y las teorías críticas del capacitismo y la gordura (en inglés, *Fat Studies*)... A su vez, la Teoría Crítica permea numerosas disciplinas, como los estudios culturales, los estudios de género, los estudios étnicos/de raza/negros, los estudios sobre sexualidad/LGTBI/trans, los estudios poscoloniales, indigenistas y decoloniales, los estudios sobre la discapacidad, los estudios sobre la blanquitud...

De este modo esa invención de la Escuela de Frankfurt, la Teoría Crítica, extiende sobre las ciencias sociales un enfoque desligado de la realidad y completamente ideologizado, en el que prevalece el activismo sobre el rigor. Un enfoque casi omnipresente en nuestros días y que envenena todo cuanto toca.

En el despliegue de esta «maquinaria trituradora» crítica ha tenido gran importancia, especialmente a partir de finales de los años 1980, lo que Jacques Derrida bautizó como «deconstrucción», un modo de análisis filosófico y literario que destripa las creaciones fundamentales de nuestra civilización para, mostrándonos sus despojos, intentar convencernos de que, en el fondo, todas eran obras perversas, destinadas a perpetuar terribles injusticias. La consigna es deconstruirlo todo... excepto las obras de los deconstruccionistas, que son sagradas y hay que creer a pie juntillas.

La deconstrucción sigue el sendero abierto por la Teoría Crítica, problematizando, viendo relaciones de explotación por todas

partes y asumiendo como uno de sus rasgos más significativos el exponer y denunciar lo que consideran artificiales oposiciones binarias: ya no tiene sentido hablar de verdad y ficción, cultura y barbarie (de hecho la cultura predominante, dirán, es castrante y negativa y la barbarie que la arrasa saludable), lenguaje escrito y oral (mucho mejor cualquier rapero soez que los carcas de Cervantes o Shakespeare) o masculino y femenino. Aplicando un escepticismo radical, el enfoque deconstruccionista niega por principio la existencia de nada verdadero o falso, lo único que importa es si sirve para subvertir de raíz nuestra cultura y civilización. Se realiza así, de manera sistemática, aquella «filosofía de la sospecha» que otro miembro de la Escuela de Frankfurt, Herbert Marcuse, proponía como instrumento para desenmascarar lo que consideraba la gigantesca falsedad sobre la cual creía que Occidente había edificado su filosofía y su moral.

De este modo, las categorías estables de sexo masculino y femenino son consideradas como opresivas y las relaciones interraciales se supone que siempre significan que un grupo dominante está usándolas para oprimir a grupos marginalizados. Derrida está aquí desarrollando la Teoría Crítica, que ve la realidad y sus supuestas injusticias como el resultado de las dinámicas de poder escondidas en esta ocasión en nuestro lenguaje. Un lenguaje que es considerado como puramente arbitrario y que debe de ser deconstruido y transformado para alterar la realidad, superar la opresión y alcanzar el mundo nuevo al que aspiran estos ideólogos metidos a aprendices de brujo.

Para redondear nos fijaremos en Marcuse y su muy iluminador concepto de «tolerancia represiva», que nos ayuda a responder a la pregunta: ¿cómo es que quienes aún sacan de vez en cuando del baúl de los recuerdos aquello del «prohibido prohibir» se pasan ahora el día censurando, cancelando y denunciando a quienes se salen de lo políticamente correcto?

Explicaba Marcuse en 1965 que «la realización del objetivo de la tolerancia exigiría la intolerancia hacia las políticas, actitudes

y opiniones imperantes, y la extensión de la tolerancia a las políticas, actitudes y opiniones proscritas y reprimidas». Dado que la sociedad tradicional supuestamente opresiva ya ha introducido un sesgo incorrecto en el modo de pensar de la gente, Marcuse propone que «habría que invertir la tendencia: tendrían que recibir información sesgada en la dirección opuesta» a través de «medios no democráticos», ya que las masas engañadas no pueden entender su propia opresión. O sea, que si no piensas como han decretado que hay que pensar no se puede tolerar que hables y te han de imponer justo lo contrario, aunque sea falso y distorsionador. La «tolerancia represiva» tolera a quienes piensan correctamente pero reprime a quienes no lo hacen. Así, en nombre de la tolerancia y el libre pensamiento, se impone el control y la propaganda.

Obviamente quienes promueven hoy en día la Teoría Crítica y pueblan muchas universidades no son ni Marcuse ni Horkheimer; de hecho a menudo sus argumentaciones son, una vez despojadas de toda su rica exuberante parafernalia lingüística, tremendamente pobres. Ha sido James Lindsay quien ha dado con la fórmula con la que cualquiera puede elaborar una Teoría Crítica de cualquier cosa. Para ello propone dos caminos. En primer lugar, tomar una Teoría Crítica ya existente de algo, sustituirla por la jerga específica de otro ámbito y luego publicarla, pretendiendo que con tu innovadora mirada has revolucionado los estudios en tu campo. El segundo camino consiste en elegir algo imperfecto, quejarse de ello y culpar a todo el mundo, acusándole de complicidad moral. Luego se exige un cambio sistémico, se propone una solución utópica y se pasa a considerar a cualquiera que muestre su desacuerdo como alguien malvado responsable de que esos problemas continúen. Una fórmula tramposa que, por desgracia, está a la orden del día.

黑粉子
王一佬
黑粉子
王一佬
黑粉子
王一佬

LA REVOLUCIÓN CULTURAL MAOÍSTA

4

Nuestro particular descenso a los infiernos tiene su siguiente parada nada menos que en China, donde la teoría pasó a la acción por obra de Mao Zedong, quien proclamaba que «toda idea errónea, toda hierba venenosa, todos los monstruos y demonios deben ser sometidos a crítica, y no podemos permitir a ningún precio que se desarrollen libremente». No suena tan diferente de lo que sostenían los autores de la Escuela Frankfurt, ¿verdad?

A poco que se estudie con atención, llama la atención los enormes paralelismos entre lo políticamente correcto y las políticas de cancelación con la revolución cultural maoísta. Un modelo un tanto extremo, es verdad, pero que si lo consideramos dejando de lado sus excesos más terribles (su brutalidad, sus asesinatos, sus campos de reeducación...), descubriremos que muchas de sus características perviven en la actualidad. Empezando por el celo pseudorreligioso de los guardias rojos, dispuestos a delatar a vecinos, amigos o incluso familiares, y fanáticamente prestos a borrar de la faz de la tierra (ahora se contentan, por el momento, con borrarnos de las redes sociales) a cualquier discrepante.

Por cierto, en el *Libro Rojo* de Mao, una colección de citas y discursos publicado en 1964, no aparece el término «políticamente correcto», pero sí encontramos la palabra «correcto» 110 veces como sinónimo de «justificado» o «aceptable». En cualquier caso,

veremos que muchos rasgos de la revolución cultural son una anticipación de lo que estamos viviendo hoy en día.

La revolución cultural, iniciada en mayo de 1966, pretendía no ya modificar las instituciones, ni siquiera las costumbres, sino que, con sus rudimentarios medios (Mao no disponía de internet, redes sociales, inteligencia artificial ni *big data*, por citar solo algunos instrumentos actuales), se lanzaba sin muchos miramientos a transformar radicalmente al ser humano, a crear ese «hombre nuevo» que llevan tratando de dar a luz los revolucionarios desde los inicios de la modernidad y ante el que la inmolación de los hombres reales es un pequeño detalle sin especial importancia, una molestia más que justificada. Lo explicaba así Raymond Aron, al describir los anhelos de Mao, el Gran Timonel: «la revolución verdadera pasa por el cambio de los hombres, no por el simple cambio de las instituciones. He ahí el objetivo: cambiar el hombre, es decir, la revolución cultural». ¿No es cierto que también, en nuestros días, a lo que aspiran es a crear un hombre nuevo, forjado en el molde de lo políticamente correcto?

En la revolución cultural vemos también en acción esa dinámica revolucionaria que nunca se da por satisfecha, que siempre quiere avanzar más y que, por tanto, convierte en maligno reaccionario al que poco antes era modélico revolucionario y no ha sido capaz de mantener el alocado ritmo de aparición de las nuevas proclamas. Los sinólogos del momento (y cualquiera que quisiera no meterse en problemas), tenían que analizar con atención la lista de los eslóganes oficiales de la fiesta nacional para descubrir indicios sobre por dónde iba la línea política del momento. Sucedió en la China de Mao, pero es lo mismo que sucede hoy con las feministas «en combate contra el heteropatriarcado» que se quedan atrás y ahora son condenadas inmisericordemente como reaccionarias transfóbicas.

No es de extrañar que durante la revolución cultural florecieran los campos de reeducación donde el Estado «formateaba» las mentes de quienes no se ajustaban al pensamiento políticamente

correcto maoísta. Otro que también abogaba por este enfoque era Lenin, quien escribió que era necesaria «una regeneración que en la Rusia bolchevique cobrará la forma purgante de la "re-educación"», lo que daría lugar en 1921 al invento del sistema de campos de concentración de las islas Solovki, embrión de lo que luego conformaría el célebre y terrorífico Gulag.

En nuestros días no se estila lo de los campos de reeducación, más bien se prefiere convertir el mundo entero en un gigantesco campo de reeducación del que, gracias a las nuevas tecnologías, cada vez es más difícil escapar. Pero la idea no ha desaparecido del todo y no se descarta para los más recalcitrantes. La alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, anunció en julio de 2021 la creación de un «Centro de Nuevas Masculinidades» para reeducar a los hombres, una escuela sobre los «imaginarios de lo que significa ser hombre» que apueste por un cambio de paradigma. Usando un lenguaje que no hubiera desagradado a los maoístas más furibundos, el proyecto se presenta con el propósito de «reeducar a los jóvenes, aunque la escuela también estará abierta a los hombres adultos e incluso maduros que quieran reconducir sus instintos o hábitos adquiridos». Como vemos, el espíritu de Mao sigue vivo en Barcelona.

Hay más aspectos de la revolución cultural maoísta que nos ayudan a entender el presente, por ejemplo las sesiones de crítica en las que los designados como «culpables» debían autoflagelarse en público y acusarse de las más peregrinas maldades si querían evitar males mayores.

Pero por mucho autoinculpación, por mucha humillación del reo (que era insultado y golpeado por muchedumbres mientras se le exponía con carteles insultantes colgados de su cuello), el designado como «enemigo social» quedaba marcado para siempre. «Los comunistas chinos –escribía Simon Leys– conocen la confesión, pero no la absolución. Incluso después de que el condenado ha purgado su culpa, su dossier continúa siendo utilizado indefinidamente contra él». Es lo que ocurre ahora, cuando por

mucho que reniegues y hagas mil aspavientos, un tuit inadecuado de hace treinta años debidamente recuperado y expuesto puede acabar con tu carrera. No hay posibilidad alguna de librarse de esa eterna espada de Damocles.

Cuando contemplamos, por otra parte, las inculpaciones públicas tan características de la revolución cultural china, no podemos dejar de pensar en otros juicios-farsa, los de las purgas estalinistas de los años 1930, en los que los acusados debían autoinculparse y reconocer lo malvados que habían sido, sabiendo que eran inocentes de los cargos que se les imputaban, pero llegando a convencerse de que su «confesión» era un sacrificio, su granito de arena en la gran causa de la revolución. Para comprender esta actitud nos ayudará aquella fórmula que plasmaba Arthur Koestler en *El cero y el infinito*, la novela en la que aborda este proceso psicológico: «la verdad es lo que es útil a la humanidad, la mentira lo que es nocivo».

Otro aspecto muy actual que ya aparece en la revolución cultural es la atención al lenguaje: la política maoísta, al igual que nuestra corrección política, también empleaba un *lenguaje codificado* donde las cosas no eran nunca aquello que proclamaban ser, ni las palabras significaban aquello que designaban. No se trataba de ningún accidente, sino de la consecuencia lógica de concebir la «verdad objetiva» como un «prejuicio burgués» y sustituirla por las nociones de propaganda y pedagogía revolucionarias.

Solo así se entiende la visión de Mao sobre la creación artística, plasmada por ejemplo en las conversaciones de Yenan sobre las letras y las artes de 1942, donde defiende que la obra de arte no tiene valor fuera de su función utilitaria. Mao explica que uno de los objetivos de los revolucionarios era asegurar:

> Que la literatura y el arte encajen bien en el conjunto de la maquinaria revolucionaria como una de las partes que la integran, que funcionen como poderosas armas para unir y educar al pueblo y para atacar y destruir al enemigo.

El célebre sinólogo Simon Leys comenta a propósito de esta concepción que:

> Desde esa perspectiva, no se puede hablar estrictamente de obras de arte, sino solamente de armas para el combate ideológico, instrumentos de propaganda y de pedagogía cuyo contenido doctrinal ha sido dispuesto de manera un poco más atractiva, un poco menos árida, al añadirle cierto revestimiento «artístico» cuya relación con su «fondo» es como el de la mermelada con la tostada.

Un enfoque que no difiere mucho del de tantas series televisivas o películas que a duras penas pueden disimular su fin propagandístico/pedagógico.

Un último rasgo característico de la revolución cultural maoísta que hemos visto resurgir con fuerza es el de su iconoclastia. Monumentos, obras de arte, museos enteros fueron destruidos con saña para así borrar de la faz de la tierra el recuerdo de unos tiempos en los que los criterios de verdad, bien o belleza eran diametralmente opuestos a los impuestos por la revolución cultural. En palabras de Leys, «apenas se tiene idea en Occidente de las proporciones que tomó esa fiebre iconoclasta». Una calentura que ha vuelto ahora a aparecer a lo largo de todo Occidente, cebándose en personajes tan dispares como san Junípero Serra o Winston Churchill.

GRAMSCI NOS DA LA CLAVE

5

Dejamos ahora China y regresamos a la Europa de los años veinte del siglo pasado. Aquí vamos a encontrar a alguien que es unánimemente reconocido como un personaje clave para comprender la guerra cultural en que estamos inmersos. Hay quien señala que la moderna manipulación del lenguaje con fines políticos aparece ya con fuerza durante la revolución francesa, y no les falta razón, pero fue un comunista italiano quien más reflexionó y escribió desde una celda una serie de pensamientos que recogió en sus *Cuadernos de la cárcel* (1929-1935) y que han tenido una enorme influencia en la deriva que vivimos hoy en día. Nos referimos, claro está, a Antonio Gramsci.

Fue Gramsci quien planteó que la revolución comunista, para triunfar en la Europa occidental, debía de cambiar de estrategia y priorizar la batalla cultural: la clave para el triunfo de la revolución estaba en conseguir la hegemonía cultural para así tomar el verdadero control de la sociedad.

Para Gramsci, como para los zelotes de lo políticamente correcto de hoy en día, la verdadera lucha se desarrolla en el ámbito de la cultura, empezando por eso que llamamos «sentido común» y que para él no es más que el modo en que una cultura se plasma en la mentalidad de la gente corriente. Gramsci lo tenía claro: la tarea de los revolucionarios será crear un «nuevo sentido común»

que refleje una nueva mentalidad, una nueva cultura que habrá sustituido a la vieja cultura vigente hasta ese momento.

El proceso no será ni sencillo ni indoloro, pero no hay otro camino. Escribía Gramsci, anunciando ya algunos de los procesos en que estamos sumidos, que «no se puede imaginar el derrumbe de una civilización secular y el advenimiento de una sociedad nueva sin destrucción apocalíptica y sin ruptura en sus fundamentos».

Otro de los conceptos gramscianos plenamente vigente hoy en día tiene que ver con la estrategia bélica. Gramsci escribe aún bajo el impacto de la Primera Guerra Mundial e incorpora a su teoría un importante concepto derivado de lo que se ha visto en los campos de batalla de Europa: la distinción entre «guerra de movimientos» y «guerra de posición». La guerra de movimientos es aquella caracterizada por las ofensivas para conquistar nuevos territorios, que Gramsci traslada a la política: las revoluciones francesa y rusa, por ejemplo, son consideradas guerras de movimiento, ofensivas desde posiciones exteriores para conquistar el poder. La guerra de posición, en cambio, consiste en infiltrarse en las posiciones enemigas para hacerlas nuestras desde su interior. Traducido a la política, en estas «guerras», antes que el poder formal, la clave reside en infiltrarse y conseguir la dirección intelectual, que es la que determina la orientación de la cultura.

Gramsci considera que los revolucionarios, hasta entonces concentrados en guerras de movimiento, que tienen el inconveniente de ser más superficiales y que, en consecuencia, se pueden revertir, deben cambiar de estrategia y volcarse en guerras de posición, mucho menos traumáticas pero con un impacto mucho más duradero. La revolución cultural, comentará Augusto del Noce, se impone por «una sucesión de momentos ocurridos durante largos años de una forma casi insensible». Es lo que luego será calificado por el activista alemán de *Mayo del 68*, Rudi Dutschke, como «la larga marcha a través de las instituciones» (un juego de palabras a partir de la Larga Marcha, una de las fases de la guerra civil china que llevaría al Partido Comunista de Mao

a la victoria), la infiltración de las instituciones para imponer la ideología revolucionaria desde allí.

Otra cuestión de calado y que ha influido mucho en las tácticas de lo políticamente correcto y de la cultura de la cancelación es la referente al modo en que la ideología revolucionaria debe imponerse. Si en el comunismo clásico, y de modo extremo en el estalinismo, la coerción es creciente hasta llegar al paroxismo, para Gramsci la coerción debe de ir cediendo, suavizándose, a medida que va apareciendo un nuevo consenso, reflejo de la nueva hegemonía cultural que hace que la gente asuma de manera pacífica, casi sin esfuerzo, el «nuevo sentido común» del que hablábamos antes. Esto no quiere decir que lo que Gramsci llama el momento de la coerción esté ausente, pero sí que se limita a casos esporádicos y que tienen un efecto pedagógico, mostrando que quien no se adhiere por las buenas al «nuevo sentido común» se hace merecedor de que le obliguen por las malas. O mejor, en palabras de Gramsci, se arriesga a ser liquidado o «sometido incluso con la fuerza armada». Pero no será lo habitual: la presión social, el silenciamiento y la autocensura serán suficientes en la gran mayoría de los casos, limitándose así el uso de la coerción violenta a casos puntuales, que es precisamente lo que vemos hoy en día. Simon Leys, analizando las explosiones de violencia vividas durante la revolución cultural maoísta, explicaba que «son notas que desentonan, averías en el motor; cuando la máquina esté perfecta y a punto, podéis estar seguros de que esos deplorables accidentes no se producirán más». En esas estamos.

En la construcción de la hegemonía cultural, añade Gramsci, es clave no solo la elaboración y difusión de nuevos conceptos y valores, sino la prohibición de ciertas preguntas. Del mismo modo que nos horroriza la pregunta sobre si es lícito devorar a los propios hijos, una cuestión que ni se puede plantear, Gramsci aspira a que ciertas cuestiones que hasta ahora nos han parecido planteables pasen a ser inconcebibles (sin ir más lejos, por ejemplo, que se pueda restringir legalmente el aborto) en un ambicioso

desplazamiento de largo alcance de la «ventana de Overton». Los intelectuales orgánicos, dirá Gramsci, deben prohibir las preguntas que ellos mismos definan como «reaccionarias».

Para Augusto del Noce nace así un nuevo conformismo: el conformismo del pasado era un conformismo de las *respuestas*, mientras que el nuevo conformismo consiste en cancelar las *preguntas*. Las preguntas incómodas para el «nuevo sentido común» son expulsadas del debate público como expresión de «tradicionalismo», de «espíritu conservador», «reaccionario», «antimoderno» o incluso, en un exceso de mal gusto, «fascista». Añade Del Noce que «se puede llegar a la situación en que el sujeto mismo se abstiene de formular esas preguntas por considerarlas "inmorales". Hasta que esas preguntas dejan de surgir por el progreso de la costumbre o por obra de la enseñanza». Para entender cómo ha calado esta prohibición basta con considerar cómo van aumentando, con cada día que pasa, las cuestiones que ya no se pueden plantear.

AQUÍ TODOS SOMOS IGUALES, AMIGO...
... AUNQUE ALGUNOS SOMOS MÁS IGUALES QUE OTROS.
BIG BROTHER
IS WATCHING

6

ADENTRÁNDONOS EN EL MUNDO QUE ORWELL VISLUMBRÓ

Hemos recorrido la génesis de lo políticamente correcto y de la cultura de la cancelación, fijando nuestra atención en los campus universitarios de la década de los 90, en la Escuela de Frankfurt, en la revolución cultural maoísta y en Antonio Gramsci, una combinación de intelectuales, políticos y activistas. Pero no podemos dejar de señalar que fue un escritor quien, con intuición profética, diseccionó, para denunciarlo, el monstruo que veía surgir y que le heló la sangre. Es George Orwell quien nos da muchas de las claves para comprender cómo hemos llegado hasta aquí.

Orwell fue uno de tantos europeos que creyó en los cantos de sirena de la utopía revolucionaria y abandonó la comodidad de Inglaterra para venir a la guerra civil española «a matar fascistas». Aquí al que estuvieron a punto de matar fue a él, y no precisamente los «fascistas», sino sus propios camaradas. La experiencia española fue para Orwell un peligroso choque con la realidad gracias al que apareció uno de los más incisivos críticos del comunismo y del totalitarismo en general. Orwell vivió en sus propias carnes cómo la utopía soñada acababa, como sucede siempre, en un infierno, una auténtica distopia que plasmó en su fábula de 1945 *Rebelión en la granja* y en su terrible novela *1984*, publicada en 1948 (la inversión de los dos últimos dígitos del año simboliza un mundo en el que las normas que rigen en la sociedad también están invertidas).

En *1984* Orwell da una enorme importancia a la cuestión del lenguaje y de la manipulación de la historia. Fue al regresar herido a Barcelona desde el frente de Huesca en 1937 cuando pudo comprobar con sus propios ojos cómo lo que aparecía publicado en la prensa no tenía nada que ver con lo que él acababa de vivir. La posterior aniquilación de los militantes del POUM a manos de los comunistas de obediencia estalinista le puso ante un horror que, como él mismo confesó, cambió para siempre su mirada.

Orwell nos pone ante un mundo sometido a vigilancia universal y a una revisión histórica perpetua. Como explica su protagonista, Winston Smith:

> Cada registro ha sido destruido o falsificado, cada libro reescrito, cada cuadro ha sido pintado de nuevo, cada estatua y edificio de la calle ha sido renombrado, cada fecha ha sido alterada. Y el proceso continúa día a día y minuto a minuto. La historia se ha detenido. No existe nada más que un presente interminable en el que el Partido siempre tiene razón.

Orwell dedica mucha atención a la corrupción del lenguaje, a la imposición de una lengua adulterada para restringir el pensamiento, lo que en su novela llama «neolengua». La conversación entre el protagonista de *1984*, Winston Smith, y su «amigo» Syme (un filólogo que trabaja en la undécima edición del diccionario de la Neolengua) es muy reveladora. Un experimentado Syme alecciona a su interlocutor sobre su labor y de paso nos revela la naturaleza de la depuración lingüística que se despliega ante nuestros ojos:

> Creerás, seguramente, que nuestro principal trabajo consiste en inventar palabras nuevas. Nada de eso. Lo que hacemos es destruir palabras, centenares de palabras cada día. Estamos podando el idioma para dejarlo en los huesos.

> ¿No ves que la finalidad de la neolengua es limitar el alcance del pensamiento, estrechar el radio de acción de la mente? Al final acabaremos haciendo imposible todo crimen del pensamiento... cada año habrá menos palabras y el radio de acción de la conciencia será cada vez más pequeño... La revolución será completa cuando la lengua sea perfecta.

Un fenómeno que un contemporáneo de Orwell, Víctor Serge, también percibió y que explicaba así en su obra *Memorias de un revolucionario*: «en ningún caso se trata de convencer, se trata, en definitiva, de hacer imposible la discusión».

Elaboración de nuevas palabras con fuerte carga ideológica, sí, pero también eliminación de viejas palabras que se tornan inconvenientes, de mal gusto, para de este modo reducir cada vez lo que se considera lícito pensar. Seguir pensando y utilizando las viejas palabras ahora expurgadas es lo que en la novela de Orwell se llama «crimental», un crimen terrible que comporta la desaparición del criminal (y mejor no preguntar el motivo, no sea que te delates a ti mismo como sospechoso también de «crimental»). Algo muy similar a lo que analizó, esta vez por desgracia no en la ficción, sino en la realidad, el lingüista Victor Klemperer sobre el uso de la lengua que se impuso durante el Tercer Reich y que le llevó a escribir que:

> El lenguaje no sólo crea y piensa por mí, sino que guía a la vez mis emociones, dirige mi personalidad psíquica, tanto más cuanto mayores son la naturalidad y la inconsciencia con que me entrego a él, también cuando se ha formado a partir de elementos tóxicos o se ha convertido en portador de sustancias tóxicas.

Otro de los rasgos del régimen vigente en la distópica Oceanía de *1984* es la existencia de un Ministerio de la Verdad (*Minitrue*, en inglés, *Miniver* en la traducción española) que se dedica a manipular o destruir documentos históricos de todo tipo,

sustituyéndolos por otros de nueva elaboración, para conseguir de este modo que las evidencias del pasado coincidan con la versión oficial de la historia dictaminada en cada momento por el Estado. De este modo, en palabras también de Syme, «la mentira elegida pasaría a los registros permanentes y se convertiría en la verdad». Y todo ello, como ya advirtiera Klemperer en su día y sigue ocurriendo en la actualidad, dirigido por «un diminuto grupo, unos cuantos individuos que proporcionan a la colectividad el único modelo lingüístico válido para todos».

Curiosamente, Orwell hace precisamente del sentido común, que para Gramsci era el verdadero objetivo de su combate revolucionario, la base de su postura y el alma de su lucha contra la manipulación ideológica propia del totalitarismo. Es lo que expresa este revelador pasaje, en el que el narrador explica lo que pasa por la cabeza de Winston Smith:

> La mayor de las herejías era el sentido común... Había que defender lo evidente. El mundo sólido existe y sus leyes no cambian. Las piedras son duras, el agua moja, los objetos faltos de apoyo caen en dirección al centro de la Tierra... Con la sensación de que hablaba con O'Brien [un miembro prominente del Partido que acabará entregando al protagonista y torturándolo en el Ministerio del Amor], y también de que anotaba un importante axioma, escribió:
>
> La libertad es poder decir libremente que dos y dos son cuatro. Si se concede esto, todo lo demás vendrá por sus pasos contados».

Por eso Winston insiste: «¿Cómo puedo evitar ver lo que tengo ante los ojos si no los cierro? Dos y dos son cuatro». A lo que O'Brien replica con una respuesta que podía parecer delirante cuando Orwell escribió su novela pero que es ya una realidad en nuestro mundo cuando, por ejemplo, se habla de «género fluido»:

> Algunas veces sí, Winston; pero otras veces son cinco. Y otras tres. Y en ocasiones son cuatro, cinco y tres a la vez.

Una consideración que no está muy alejada de aquello que había escrito Chesterton unos pocos años antes:

> Pronto estaremos en un mundo en que un hombre podrá ser abucheado por decir que dos y dos son cuatro, en el que se alzarán furiosos gritos partidistas contra cualquiera que diga que las vacas tienen cuernos, en que se perseguirá la herejía de afirmar que un triángulo es una figura de tres lados y en el que se colgará a un hombre por enloquecer a la turba con la noticia de que la hierba es verde.

Ese mundo ya es el nuestro.

LA VERDAD
OS HARÁ
LIBRES.

BIENVENIDOS AL REINO DE LA CORRECCIÓN POLÍTICA

7

Queda claro, pues, que quienes quieren imponernos un lenguaje ideológico, purgado y manipulado, han convertido los términos con los que pensamos, nos expresamos y comunicamos en un campo de batalla.

Lo políticamente correcto y la «cultura de la cancelación» no van de evitarnos expresiones desagradables para hacernos la vida más grata, como a veces pretenden sus promotores, sino de desvirtuar el significado de las palabras con las que nos comunicamos. No tienen nada que ver con los viejos eufemismos que suavizaban la realidad a la que se referían pero que en ningún caso pretendían transformarla. Por ejemplo, por muy deshonesto que sea enmascarar la realidad del aborto con el término «interrupción voluntaria del embarazo», al referirse al aborto con los términos «salud reproductiva» o «derechos reproductivos» se da un paso más: no se trata ya de enmascarar con eufemismos, se trata de darle la vuelta al mismo sentido de las palabras. Ciertamente, se camufla aún más la realidad de lo que supone un aborto, pero con estos últimos y más recientes términos se pretende expresar exactamente lo contrario de lo que se describe. No se trata solo de ocultar o disimular, sino de hacer que las palabras designen lo contrario de lo que hasta ahora significaban: lo políticamente correcto distorsiona el lenguaje para intentar

reconfigurar la realidad. A través de las palabras se da forma al modo en que pensamos y vemos la realidad, que de este modo queda subjetivamente reconfigurada (aunque esto no sea nunca del todo cierto, pues la realidad objetiva acaba reapareciendo por mucho que nos empeñemos en actuar como si no existiera, pero ésa es otra historia).

Hasta ahora las sociedades, de cualquier tiempo y lugar, han desaprobado la mentira. En el caso de nuestra civilización, las palabras evangélicas que proclaman que «la verdad os hará libres» han reforzado este rechazo universal hacia la mentira. Pero ahora, lo políticamente correcto invierte esta noción cristiana. Así, ahora se afirma, por ejemplo, que la verdad sobre un hombre que se cree mujer no solo no le hará libre, sino que le perjudicará gravemente. O que la verdad sobre el niño que lleva en su seno una mujer provocará daños en la madre que quiere deshacerse de él (de ahí el pavor casi supersticioso de los abortistas a las ecografías por ultrasonido). Los zelotes de la corrección política consideran que la verdad es destructiva y la mentira compasiva. La mentira de que un hombre es una mujer, defienden, le liberará de los grilletes de la biología. La mentira de que un feto no es humano ni está vivo liberará a su madre de su indeseable cadena umbilical. Si, como sostienen, el lenguaje crea la realidad, no hay nada malo en este tipo de mentiras. En realidad, si las palabras pueden redefinir la realidad, ni siquiera tiene sentido hablar de mentiras.

En la raíz de los presentes conflictos subyace un profundo desaliento, un marasmo moral. Y es que «la mentira organizada lo ha podrido todo», escribía Simon Leys en *Imágenes rotas*. Se refería a la China postmaoísta, pero sus palabras son perfectamente aplicables a nuestros días.

En el mundo de lo políticamente correcto no tiene mucho sentido pues hablar de verdades y mentiras, pero se impone en cambio hablar de sensibilidades a partir de la aplicación de aquello que proclamaba la feminista Carol Hanisch en 1970 con la publicación de su ensayo *Lo personal es político*. Para la corrección

política nada puede ser meramente personal, al contrario, todo debe convertirse en político... con una excepción: la política.

En una de esas ironías que nos depara la historia: mientras la corrección política lo politiza todo, desde las tareas domésticas hasta las zapatillas de deporte, pasando por las competiciones deportivas o la comida rápida, al mismo tiempo reduce más y más el ámbito propio de la política. Según lo políticamente correcto, podemos y debemos fijarnos y controlar opciones personales aparentemente triviales, pero nadie puede atreverse a cuestionar, y mucho menos a someter a votación, el derecho de un hombre a usar un baño de mujeres, que las nuevas normas consagran como un derecho fundamental más allá del ámbito del debate legítimo. Lo que comienza con una disputa semántica termina con la remodelación de todo el orden político.

Cuando Xanthos ordena a su esclavo Esopo ir al mercado y comprar lo mejor de todo, éste le trae el lenguaje, porque efectivamente la lengua es lo mejor de todo: «el vínculo de la vida civil, la clave de la ciencia, el órgano de la verdad y la razón». Al día siguiente, Xanthos le pide que le traiga lo peor de todo y Esopo le vuelve a traer la lengua porque también es lo peor del mundo: «la madre de todas las discusiones, la nodriza de los juicios, la fuente de las divisiones y las guerras». Los griegos ya habían visto venir a estos aprendices de brujo del «lenguaje inclusivo».

8

ALGUNAS TÉCNICAS DE MANIPULACIÓN EN ACCIÓN

Como ya hemos ido viendo, una de las principales herramientas para imponer la corrección política es esa excomunión social que han bautizado como «cultura de la cancelación». Una táctica que explota en beneficio propio y con grandes resultados el temor natural de todo ser humano a estar solo y aislado.

Stella Morabito trabajó en el departamento de la CIA encargado de estudiar la propaganda soviética, por lo que no le ha sido difícil aplicar su metodología de análisis a las campañas de imposición de lo políticamente correcto y de cancelación que dan el tono del ambiente en que vivimos. Morabito señala que la opinión pública se moldea a través de la manipulación psicológica utilizando técnicas como la «saturación» y la «supresión», técnicas que vemos en acción a diario.

Por ejemplo, cuando te encuentras un eslogan simplista, tautológico e inatacable como «el amor es el amor» repetido machaconamente en todos los medios, es que lo han diseñado para «saturar» tu pensamiento, para que seas incapaz de pensar de forma diferente. Si escuchas algo repetido el número suficiente de veces y desde el suficiente número de fuentes, la mayoría de la gente llega a aceptarlo como algo obvio con lo que hay que alinearse. De

ahí la importancia de películas, series y medios de comunicación, canalizando determinados mensajes hasta la saciedad.

La otra técnica que acompaña a la «saturación» es la «supresión» o el silenciamiento de las opiniones discrepantes. Aquí es donde se aplican abiertamente los mecanismos de la cultura de la cancelación. Quien afirma lo incorrecto en público es marginado, silenciado, «deplataformeado» e incluso expulsado de su trabajo o de su universidad. No es de extrañar que todas las encuestas realizadas en los campus universitarios, especialmente de los Estados Unidos, constaten que los estudiantes están cada vez más aterrorizados por si se salen del estrecho rango de opiniones aceptables y acaban siendo expuestos y quemados socialmente como peligrosos enemigos de la humanidad.

En esta tarea de supresión o cancelación son frecuentes dos procedimientos muy eficaces. Por un lado lo que se conoce como «demonización». El que discrepa no es alguien meramente equivocado, sino que debe de encarnar el mal, pues sólo alguien muy malvado, alguien que adopta rasgos demoníacos, puede no estar de acuerdo con el proyecto de ingeniería social que supuestamente va a llevar a la humanidad a un estado de felicidad plena, liberada por fin de represiones, discriminaciones e imposiciones. Un modo de razonar que viene de lejos: Claude Quétel nos advierte en su libro *¡Creer o morir!* que ya en la Revolución francesa el discrepante es declarado enemigo de la humanidad: «se convierte ipso facto en cómplice del oscurantismo y enemigo del progreso, es decir, del género humano». No es que pueda estar errado, algo siempre posible y en ocasiones incluso probable, es que va a ser considerado enemigo del pueblo, que es algo muy distinto. Como escribe Taine, «como el jacobino es la Virtud, no se le puede resistir sin cometer un crimen». Hoy son cada vez más quienes equiparan discrepancia con crimen y pretenden convertir en delito (de odio, climático, discriminatorio...) cualquier opinión que se desvíe de la doctrina oficial del momento. Una mentalidad que retrata Czesław Miłosz en *La mente cautiva* al hacer el retrato de un fanático revolucionario:

> Trataba con odio a los enemigos que querían impedir la felicidad de la humanidad. Apelaba a su destrucción. ¿No son dañinos los que en el momento en que el planeta Tierra entra en una nueva vía se atreven a afirmar que en el fondo no está bien encerrar a la gente en campos y obligarlos a confesiones de fe política a través del miedo?

Cambien los campos de internamiento por las cancelaciones y la fe política por lo políticamente correcto y verán que encaja perfectamente en nuestro presente.

La demonización de quien no piensa lo políticamente correcto se realiza a través de la simplificación y exageración de sus afirmaciones, de la desfiguración y manipulación de las mismas, presentándolas fuera de su contexto o debidamente recortadas, y de las campañas orquestadas de desprestigio que buscan aparentar una unanimidad que no deja más salida que el silenciamiento del discrepante. El resultado de estas técnicas es que las posiciones del discrepante, debidamente deformadas y caricaturizadas, serán calificadas de «discurso de odio» que hay que denunciar y prohibir. El caso de Elsa Almeda, en octubre de 2021, es un ejemplo de libro. Una chica pro-vida de 18 años va un debate televisivo sobre el aborto. Cuando argumentan que el aborto debe permitirse porque si se prohíbe muchas mujeres abortarán en condiciones insalubres, ella replica que por esa regla de tres habría que poner colchonetas en los callejones oscuros para que, si alguien quiere violar a una mujer, lo pueda hacer sin que ésta se lesione la espalda contra los adoquines. Lo siguiente es recortar el vídeo para que aparezca solamente la frase, debidamente descontextualizada, y lanzar el titular: «joven ultracatólica pide que se pongan colchonetas en las calles para violar con comodidad». A continuación se desata una avalancha de insultos y amenazas de muerte sobre ella y su familia que, salvo en raras excepciones, le quitan a uno las ganas de hablar en público en lo que le queda de vida.

Los modos de demonizar a alguien pueden incluir también el ataque a la reputación del discrepante (ataque *ad hominem*), la

descalificación a través de la colocación de una etiqueta (hemos visto por ejemplo cómo cualquier comentario crítico con el modo de afrontar la pandemia por parte de los gobiernos era descalificado como «negacionista», aunque en ocasiones esa opinión pasaba a ser considerada aceptable al cabo de un tiempo), los dobles estándares (en lo que se refiere a un discrepante, se oculta lo positivo y se deforma y amplifica lo negativo, justo lo contrario de lo que se hace cuando se trata de alguien alineado con la corrección política del momento) y las exageraciones de la realidad que presentan al discrepante como un monstruo (si realmente la alternativa a una transición de género fuera el suicidio, alertar de sus riesgos y limitar su acceso equivaldría a empujar hacia la muerte a cientos de jóvenes).

Junto a esta transformación de la discrepancia en discurso de odio, encontramos otra técnica que tuvo mucho éxito ya en la Unión Soviética: la patologización del disidente. El discrepante, veíamos, tiene que ser un malvado, un agente difusor del odio, un enemigo de la humanidad... pero puede haber una excepción. Si no es el demonio hecho hombre, entonces la única salida es que sea un loco, un demente, un enfermo. Algo que también observó Miłosz:

> La batalla se libra por el poder espiritual. Hay que dirigir al hombre para que comprenda. Cuando lo comprenda, lo aceptará. ¿Quiénes son los enemigos del nuevo régimen? Son aquellos que no comprenden. No comprenden porque su mente trabaja poco o trabaja mal.

Mentes defectuosas, que funcionan mal... de ahí las numerosas fobias que descubrimos por doquier: si sostienes que el matrimonio solo puede ser entre un hombre y una mujer entonces es homofobia; si te muestras crítico con algún aspecto del islam, islamofobia; llamar la atención sobre algún problema ligado al fenómeno de la inmigración es xenofobia... y ya aparecen nuevas fobias, como la transfobia, la gerontofobia, la ginofobia, la zoofobia o la gordofobia (el campo para la creatividad es amplio).

En cualquier caso, una fobia es un tipo de trastorno de ansiedad caracterizado por un temor fuerte e irracional hacia algo que representa poco o ningún peligro real. Una enfermedad que hay que tratar y que dirige al discrepante, ahora convertido en paciente, a un campo de reeducación o, si persiste, a un centro psiquiátrico. En China, en Barcelona o donde sea que esta ideología se haya adueñado de los resortes del poder. Quedan así bien definidas las dos casillas, odio o enfermedad mental, en las que ubicar a todo disidente de lo políticamente correcto. Raymond Aron lo resumía así: «solo los retrasados o los cínicos se oponen al porvenir».

Para acabar nuestro recorrido por las técnicas de manipulación y propaganda nos fijaremos en la llamada «transfusión», consistente en partir de una idea comúnmente aceptada para llegar a una idea o punto de vista diferente e incluso contradictorio con el punto de partida. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la supuesta lucha contra las *fake news*, algo que todo el mundo apoya de modo genérico pero que está sirviendo en muchos casos para imponer la censura sobre las ideas que se salen del marco de la corrección política. Otro tanto ocurre con la lucha contra los «discursos de odio», que sirven en la mayoría de las ocasiones para restringir la difusión de ideas cuyo único «delito» es poner en cuestión lo que en un momento dado se considera políticamente correcto (decimos en un momento dado porque la evolución de esta corrección puede ser muy rápida y lo admisible un día puede ser discurso de odio poco tiempo después).

9

UN PODER «DURO» PARA IMPONER FALSOS «DERECHOS»

Esos supuestos delitos de odio, en casos extremos por su notoriedad y repercusión o por la insistencia del que osa salirse del marco de la corrección política, pueden llegar a ser reprimidos con mecanismos legales, aplicando el «poder duro» del Estado, ese que se impone a través de multas, castigos e incluso la cárcel.

Un poder duro que se funda en una concepción errónea y distorsionada de lo que son los derechos. Vale la pena, para aclarar ideas, atender a Simone Veil cuando escribía que: «un derecho no es eficaz por sí mismo, sino sólo por la obligación a la cual corresponde»; y añadía, para dejarlo aún más claro, que:

> Un hombre, considerado en sí mismo, sólo tiene deberes, entre los que se encuentran deberes hacia sí mismo. Tiene derechos, por su parte, cuando es considerado desde el punto de vista de los otros, que reconocen obligaciones hacia él. Un hombre que estuviera solo en el universo no tendría ningún derecho, pero tendría obligaciones.

Pero vivimos en un mundo en el que cada vez más los derechos ya no son concebidos como el reverso de una obligación, sino como la entronización de un deseo (siempre y cuando vaya en la dirección adecuada, ya se entiende). Si deseo que te dirijas a mí como si mi sexo fuera el contrario del determinado por mis

cromosomas, entonces tengo derecho a ello. Si deseo no escuchar cómo se cuestionan mis creencias, entonces tengo derecho a espacios seguros en los que nadie le llevará la contraria a mi ideología (en noviembre de 2021, una charla de la yazidí Nadia Murad, Premio Nobel de la Paz 2018 y víctima de Daesh, fue vetada en Canadá porque podía ofender a los musulmanes). Si deseo eliminar a mi hijo no nacido, entonces tengo el derecho a abortarlo. Si deseo cambiar de sexo, entonces tengo el derecho a realizar una «transición» a base de hormonas y cirugía. Y así con todo.

La consecuencia de que los deseos se conviertan en derechos es que, como el derecho es la otra cara de la moneda del deber, en buena lógica, a medida que vamos creando derechos van apareciendo deberes que constituyen obligaciones para cada uno de nosotros, para la sociedad en su conjunto y, en última instancia, para el Estado. Así, el Estado, para proteger los deberes que poníamos antes como ejemplo, tendrá el deber de regular y vigilar el modo en que cada uno de nosotros se dirige a los otros o lo que se dice en los campus universitarios, o estará obligado a facilitar el aborto a quien así lo desee o a pagar tratamientos de transición de género.

Y obviamente, no hay delito más grave que violar un derecho, porque en ese caso no se está violando meramente una formalidad, una decisión arbitraria o circunstancial, algo que ahora es así pero que mañana puede ser de otra forma, sino todo un derecho, algo que por su naturaleza es sagrado e invariable. Y claro, contra quien viola un derecho, el peso íntegro de la ley debe caer con toda su fuerza, de manera pedagógica, ejemplificante, para que así sirva de escarmiento. Es el resultado de llevar a sus últimas consecuencias un error de base, en este caso una comprensión distorsionada de lo que son los derechos.

10

BASTA EL PODER «BLANDO»: ESTÁS CANCELADO (O «DEPLATAFORMEADO»)

Pero los casos en los que es necesario aplicar el poder duro, la coerción, el monopolio de la violencia y del castigo por parte del Estado, serán pocos, casos extremos que idealmente se verán reducidos a la mínima expresión. Por su poder disuasorio, que provoca la autocensura generalizada, y también porque es preferible que actúe el poder blando, la condena mediática y social, mucho más eficaz porque, entre otras cosas, sus reglas no están definidas y en consecuencia no existen garantías procesales, y porque la posibilidad de defensa es casi imposible al no existir instancia ante la que recurrir.

Entramos así en el terreno de la censura mediática, liderada por las compañías que forman parte de lo que se ha llamado las *Big Tech* (Amazon, Apple, Facebook, Google y Microsoft), grandes empresas de tecnología y comunicación que controlan lo que se puede decir y lo que no con un poder omnímodo, arbitrario y opaco. Son ellas las que pueden cancelarte a su antojo, las que pueden expulsarte del «mundo de los vivos», mediáticamente hablando, y convertirte en un espectro al «deplataformearte», esto es, al expulsarte de cualquier plataforma o red social que concentran el grueso de la comunicación en nuestros días y condenarte así a la muerte social.

Y no se piense que esta muerte social se abate sobre pobres lunáticos, personajes marginales e indefensos. No desde que le sucedió al «hombre más poderoso del mundo».

Se solía calificar así al presidente de los Estados Unidos. Ya no. Ahora sabemos que en cualquier momento pueden apagarle los micrófonos, «deplataformearlo».

Ocurrió el pasado 7 de enero de 2021, el día que ha pasado a la historia como aquel en el que por primera vez un presidente de los Estados Unidos fue deplataformeado. «Creemos que los riesgos de permitir que el presidente siga utilizando nuestro servicio durante este periodo son simplemente demasiado grandes», escribió el director general de Facebook, Mark Zuckerberg, que también suspendió a Trump en Instagram. Al día siguiente, Twitter expulsó permanentemente al presidente Trump.

«Después de examinar detenidamente los recientes tuits de la cuenta @realDonaldTrump y el contexto que los rodea –específicamente la forma en que están siendo recibidos e interpretados dentro y fuera de Twitter–», explicaba el gigante de las redes sociales, «hemos suspendido permanentemente la cuenta debido al riesgo de que se produzca una mayor incitación a la violencia». Sin posibilidad de réplica, sin posibilidad de protección judicial y mientras Twitter permitía, por ejemplo, que el líder supremo de Irán, el ayatolá Jamenei, utilizara recurrentemente su cuenta de Twitter para, entre otras cosas, llamar al exterminio de los judíos.

Cuando Twitter retiró al presidente de los Estados Unidos su cuenta personal, Trump recurrió a su cuenta oficial de la Casa Blanca (@POTUS) para protestar por la decisión de la compañía.

> Como vengo diciendo desde hace tiempo, Twitter ha ido cada vez más lejos en la prohibición de la libertad de expresión, y esta noche, los empleados de Twitter se han coordinado con los demócratas y la izquierda radical para eliminar mi cuenta de su plataforma para silenciarme –y a USTEDES–, los 75.000.000 de grandes patriotas que me votaron.

En cuestión de minutos Twitter cancelaba también la cuenta oficial del presidente de los Estados Unidos, algo que indicaba bien a las claras quién detenta realmente el poder.

En este contexto, fueron muchos quienes, asustados ante esta actuación, empezaron a abrir cuentas en Parler, una plataforma rival que proclamaba ser un refugio seguro para la «libertad de expresión». Pero las Big Tech abortaron este intento de red alternativa en cuestión de horas. Primero fue Google quien anunció que prohibía la nueva plataforma en su tienda de aplicaciones, prohibiendo de hecho el acceso a Parler a los 2.500 millones de dispositivos Android activos en el mundo. Apple no tardó mucho en hacer lo mismo: al día siguiente eliminó a Parler de su App Store, haciendo así imposible usar la nueva plataforma en los alrededor de 1.400 millones de iPhones y otros dispositivos Apple en todo el mundo. A los usuarios de Parler les quedaba únicamente el recurso a los navegadores web... por poco tiempo. Al día siguiente otro de los Big Tech, Amazon, anunciaba que cancelaba el alojamiento web de Parler.

Mientras tanto, la comediante Kathy Griffin tuiteaba una foto de sí misma sosteniendo una imagen de la cabeza decapitada y ensangrentada del presidente Trump y el hashtag #HangPence, en referencia al vicepresidente de los Estados Unidos, fue tendencia poco después. No pasó nada. Twitter no movió una pestaña ni recibió ninguna notificación de Apple, Google o Amazon. La política de los gigantes tecnológicos había quedado muy clara: cualquier comentario sería tolerado o censurado según que su contenido ideológico se ajustara a no a sus preferencias (pasados unos meses, cuando los talibanes recuperaron el control de Afganistán en agosto de 2021, sus cuentas de twitter, en las que lanzaban incendiarias proclamas, no sufrieron ninguna censura).

El argumento libertario, «si no os gusta Twitter, montad otra red social y que gane el mejor», caía hecho trizas: cuando lo intentaron, las Big Tech lo impidieron a la brava (Apple y Google controlan el 99% del mercado de los sistemas operativos móviles).

Algo que recuerda mucho a la era de los peores abusos monopolísticos. La realidad es que ser «deplataformeado» te expulsa del espacio en el que el debate público tiene lugar, te excluye y te silencia definitivamente.

Pero lo que le ocurrió a Trump no es un caso aislado, ni mucho menos. Son ya muchos quienes se han encontrado, de la noche a la mañana, expulsados de las plataformas digitales sin poder defenderse ante la arbitrariedad de esas cancelaciones. Como por ejemplo el investigador y escritor Ryan T. Anderson, autor de un documentado y cuidadoso libro titulado *When Harry Became Sally: Responding to the Transgender Moment*, que inicialmente se vendió sin problemas pero que en 2021 fue cancelado por Amazon. Una medida devastadora para el autor y su editor, pues Amazon canaliza ya algo más del 80% de los libros vendidos en los Estados Unidos y lanza así un aviso a futuros editores para que filtren ellos mismos las obras correctas o asuman unas ventas muy reducidas.

El propio autor lo explicaba así en febrero de 2021:

> Mi libro se publicó hace exactamente tres años. Fue atacado dos veces en la página de opinión del *New York Times*. El *Washington Post* publicó un artículo sobre él que estaba plagado de errores. Era evidente que mis críticos no habían leído el libro. Pero se sentían amenazados por él y querían desacreditarlo para que nadie lo leyera y aprendiera de él.
>
> Ahora, tres años después de su publicación, en la misma semana en que la Cámara de Representantes tiene previsto aprobar la Ley de Igualdad –un proyecto de ley radical sobre transexualidad que modifica la Ley de Derechos Civiles de 1964–, Amazon ha borrado de sus estantes online mi libro contra la ideología de género.
>
> Las personas que sí leyeron el libro descubrieron que es una presentación precisa y accesible de los debates científicos, médicos, filosóficos y legales que rodean al fenómeno trans. Sí, ofrece argumentos contra la ideología transgénero, pero no tergiversa los hechos ni emplea una retórica acalorada.

> Además, fue elogiado por expertos: el antiguo psiquiatra jefe del Hospital John Hopkins, un veterano profesor de psicología de la Universidad de Nueva York, un profesor de ética médica de la Facultad de Medicina de Columbia, un profesor de ciencias psicológicas y del cerebro de la Universidad de Boston, un profesor de neurobiología de la Universidad de Utah, un distinguido profesor de la Facultad de Derecho de Harvard, un eminente filósofo jurídico de Oxford y un profesor de jurisprudencia de Princeton.
>
> Pero para una izquierda cazadora de herejes, nada de eso importa. No se trata de cómo lo dices, ni del rigor con que lo argumentas, ni del tacto con que lo presentas. Se trata de si afirmas o disientes de la nueva ortodoxia de la ideología de género.
>
> Amazon nunca me informó a mí ni a mi editor de que iba a retirar mi libro. Y los representantes de Amazon no han respondido a nuestras preguntas al respecto. ¿Quizás alegan una objeción religiosa para vender mi libro? ¿O tal vez sólo venden libros con los que están de acuerdo? (Si es así, tienen que dar muchas explicaciones sobre por qué venden el Mein Kampf de Adolf Hitler). Si hay una objeción religiosa o de expresión, oigámosla. Pero si sólo se trata de un intento de impedir la conversación en la plaza pública con un intento de desacreditar a uno de los críticos más conocidos de la Ley de Igualdad, eso es otra cosa.

Ryan Anderson sigue, a día de hoy, esperando explicaciones y su libro no está disponible en Amazon. Este injusto y abusivo episodio nos muestra con transparencia un rasgo clave de la cultura de cancelación: no quieren debatir, no intentan refutar los argumentos de Anderson, se limitan a eliminarlos, a borrarlos, a hacerlos inalcanzables para la mayoría de la población, en definitiva, a cancelarlos.

En realidad, estamos ante una forma de muerte civil puesta al día, ante la recuperación de la práctica de la Antigua Grecia (¡qué modernos somos!) que permitía expulsar de la polis a quienes eran considerados por una mayoría como personas non gratas. En aquel entonces los ciudadanos escribían de forma anónima en

unos fragmentos rotos de cerámica el nombre de aquellos que se pretendía condenar a la pena de destierro. La ley de ostracismo fue decretada en Atenas en 510 a. C. por Clístenes y preveía el exilio forzoso de diez años, transcurrido el cual el exiliado podía regresar a la polis. Ahora en vez de fragmentos de cerámica usamos tuits indignados, el exilio es interior y la rehabilitación resulta inconcebible.

Y ya que hemos llegado hasta la Antigua Grecia, no estará de más recordar otra práctica, esta vez propia de la Antigua Roma, que también tiene evidentes similitudes con el fenómeno de la cancelación: nos referimos, claro está, a la *damnatio memoriae*. Esa capacidad de declarar maldita la memoria de alguien a través de un decreto del Senado romano significaba el borrado de todo aquello que pudiera recordar al condenado: imágenes, escritos, monumentos, inscripciones... pudiéndose llegar incluso a la prohibición de usar su nombre. Prueben a escribir un tuit citando a ciertos personajes o ideas políticamente incorrectas y constatarán que la *damnatio memoriae* no es solo cosa del pasado.

Otras veces, basta la presión para cancelar a las personas «molestas». Es el caso de Bari Weiss, una periodista norteamericana que ha trabajado en *The Wall Street Journal* y en *The New York Times*. Fue uno de los editores de este último diario, James Bennet, quien dimitió en junio de 2020 tras la aparición de una carta firmada por más de mil empleados en protesta por la publicación de un artículo de opinión del senador Tom Cotton pidiendo que el Ejército pusiera fin a la violencia que había sumido en la anarquía a muchas ciudades estadounidenses en el contexto de las protestas impulsadas por Black Lives Matter. Weiss salió en defensa de Bennet, afirmando que se estaba viviendo en el seno del *New York Times* una verdadera guerra civil entre los periodistas más veteranos y los nuevos zelotes woke (con este término, que se puede traducir como «despiertos», aludimos a la última ola de corrección política, a los fanáticos que alardean de una conciencia social que les impulsa al activismo contra los fantasmas de opresiones y privilegios que dicen descubrir en los lugares más insospechados).

Lo que ocurrió a continuación confirmó lo acertado de su apreciación. Weiss fue sometida a una virulenta campaña de ataques en redes sociales y por parte de muchos de sus colegas que no cesó hasta que anunció, el 14 de julio de 2020, su salida del *New York Times*, al que criticaba por no apoyarla ante el linchamiento mediático sufrido.

En su carta de renuncia, Bari Weiss escribía que:

> Twitter no aparece en la cabecera de *The New York Times*. Pero Twitter se ha convertido en su editor por excelencia... Las historias se eligen y se cuentan de forma que satisfagan al más estrecho de los públicos, en lugar de permitir que un público curioso lea sobre el mundo y luego saque sus propias conclusiones. Siempre me enseñaron que los periodistas eran los encargados de escribir el primer borrador de la historia. Ahora, la propia historia es una cosa efímera más, moldeada para adaptarse a las necesidades de una narrativa predeterminada.
>
> Mis propias incursiones en el «wrongthinking» [pensamiento incorrecto] me han convertido en objeto de constante acoso por parte de colegas que no están de acuerdo con mis opiniones. Me han llamado nazi y racista... Mi trabajo y mi carácter han sido difamados abiertamente en los canales de comunicación internos de la empresa. Allí algunos compañeros de trabajo insisten en que debo ser expulsada para que la empresa sea realmente «inclusiva», mientras que otros publican emojis de hachas junto a mi nombre. Otros empleados del *New York Times* me tachan públicamente de mentirosa e intolerante en Twitter, sin temor a que el acoso a mi persona de lugar a las medidas adecuadas.
>
> Las reglas aún vigentes en el Times se aplican con extrema selectividad. Si la ideología de una persona está en consonancia con la nueva ortodoxia, tanto ella como su trabajo permanecen sin escrutar. Todos los demás viven atemorizados por si les fulmina un rayo digital. El veneno online se permite siempre que se dirija a los objetivos adecuados. Artículos de opinión que se habrían publicado fácilmente hace dos años, ahora pueden acarrear serios problemas, o incluso el despido.

?
¿QUE DICEN "QUÉ" DEL DOCTOR SEUSS? ¿RACISTA?
¿PERO CREES QUE LE HAN LEÍDO?

11

LA CANCELACIÓN DEL DR. SEUSS: TODOS SOMOS SOSPECHOSOS

Otra de las recientes víctimas de la cultura de la cancelación ha sido el Dr. Seuss. Es probable que su nombre no le sea familiar, pero si fuese norteamericano es casi seguro que su infancia habría transcurrido entre los libros de Theodor Seuss Geisel, quien goza de una enorme popularidad en los Estados Unidos incluso a día de hoy, treinta años después de su muerte. Entre nosotros su obra es conocida sobre todo por las películas que se han inspirado en sus libros: El Grinch, Horton, El Lórax o El Gato en el sombrero.

El Dr. Seuss había gozado hasta ahora de todos los reconocimientos y parabienes posibles. De hecho, podía presumir de un sólido historial izquierdista: durante el periodo de entreguerras un joven Theodor Seuss (había nacido en 1904) fue el destacado caricaturista de *PM*, un tabloide neoyorquino de izquierdas repleto de compañeros de viaje del comunismo. Desde *PM* no dejaba de mofarse de todo lo que sonase a conservador, al tiempo que usaba su arte para presionar a favor de la intervención estadounidense en la Segunda Guerra Mundial. Luego le llegaría el éxito como autor de literatura infantil, que lo llevó a lo más alto de su profesión a partir de las ventas millonarias de su álbum de 1956 *The Cat in the Hat*. En 2015, nada menos que Barack Obama declaró que «la mayoría de lo que necesitas aprender lo puedes leer, de hecho, en los libros del Sr. Seuss».

Y lo cierto es que el Dr. Seuss, ya autor de libros infantiles, no abandonó nunca su compromiso político y gustaba de introducir sus ideas en sus obras. El Lórax es un alegato ecologista contra la depredación industrial y los Sneetches ridiculizan la pretensión de que algún rasgo externo se use para discriminar, en una clara alusión al racismo. En Horton, con su reivindicación del valor de los seres con independencia de su tamaño (o incluso de que los podamos ver), muchos hemos visto un potente alegato en defensa de la vida de los no nacidos (aunque su autor quizás no lo hubiera previsto así). Pero si los libros del Dr. Seuss han hecho y hacen las delicias de tantos niños no es por las moralejas que encierran, sino por lo divertidos que son sus textos rimados, sus sorprendentes tramas y sus tronchantes y a menudo disparatadas ilustraciones.

El Dr. Seuss ha vuelto al primer plano de la actualidad informativa este 2021 pero no por los méritos de su obra, sino porque la cultura de la cancelación ha llamado a su puerta. En efecto, los censores woke parecen haber encontrado en seis de los libros del Dr. Seuss «representaciones de africanos y asiáticos que son ofensivas y erróneas». En algunos de los títulos no queda muy claro cuáles son exactamente, en otros, como en *If I ran the Zoo*, son banales (y, curiosamente, se pasa por alto una «representación ofensiva y errónea» de un ruso, pero parece que estos no cotizan como minoría victimizada). Poco importa: la editorial ya ha anunciado que dejará de publicar esas historias, son muchas las escuelas que han retirado los libros de sus bibliotecas después de conocer los resultados de dicha supuesta «investigación» y *eBay* ha limpiado su web de cualquier anuncio de esos libros malditos. Incluso en el Día de la Lectura (*Read Across American Day*), una fiesta nacional oficial en los Estados Unidos que también se conoce como el Dr. Seuss Day, pues se celebra cada 2 de marzo, el día del nacimiento de Theodor Seuss, el actual presidente Joe Biden ha pasado de puntillas sobre el ídolo caído y no ha hecho ni una sola mención al, hasta hace unos pocos días, universalmente admirado autor.

Esta cancelación en toda regla del Dr. Seuss nos revela uno de los objetivos de la dinámica de la cancelación. Con sus inverosímiles acusaciones, los canceladores han conseguido que la sombra de la sospecha haya caído sobre el Dr. Seuss. Ahora han «detectado» problemas en algunas de sus obras, pero mañana pueden perfectamente detectarlas en otras: de este modo su obra será cada vez menos socialmente aceptable. Y así no se trata solo de los libros del Dr. Seuss, sino de todo el canon literario, de toda nuestra cultura, de todo lo que hasta ahora hemos considerado valioso, que ahora queda sujeto a la sombra de una sospecha que, poco a poco, se va materializando en cancelaciones crecientes.

Se trata también de que esa sospecha recaiga sobre toda la sociedad y sobre toda nuestra historia, que quedan así deslegitimadas. Por no hablar de nosotros mismos: yo crecí leyendo los libros del Dr. Seuss, incluso me siguen gustando... ¡y no me di cuenta de que era racista! La conclusión es que esa sospecha debe recaer sobre mí mismo: ya no puedo confiar en lo que veo y pienso, y mucho menos en lo que ven y piensan mis amigos y familiares. Solo puedo confiar en los expertos de lo políticamente correcto que van exponiendo y cancelando a los autores que, como el Dr. Seuss, habían pasado inadvertidos hasta ahora pero que van siendo progresivamente desenmascarados. Va tomando forma así un ambiente tóxico, de sospecha y desconfianza, en el que cualquiera, incluso aquel con apariencia más inocente, puede ser un peligroso racista, homófobo, tránsfobo o cualquier otro rasgo merecedor de la muerte civil.

Asistimos a una gigantesca puesta en práctica del experimento de Asch de conformidad social en el que la gente niega lo que ve con sus propios ojos cuando todos los demás dicen ver otra cosa. El experimento, llevado a cabo por el profesor Solomon Asch, consiste en que todos los participantes menos uno son cómplices y contestan algo manifiestamente falso. En concreto, se les pide que digan cuál es la línea más larga entre las que aparecen en una hoja. El experimento consiste en observar cómo reacciona

el participante no compinchado ante el comportamiento de los cómplices, que afirman que la línea más larga es otra diferente de la que claramente lo es, y confirma que, si nos someten a las presiones de grupo, las personas somos incluso capaces de afirmar lo contrario de lo que vemos con nuestros propios ojos.

LAS UNIVERSIDADES: ZONA CERO

12

Señalábamos antes que uno de los momentos decisivos en el avance de la cultura de la cancelación fue la irrupción de la corrección política en los campus universitarios, especialmente en los Estados Unidos, durante la última década del siglo xx. Desde entonces, la situación solo ha hecho que empeorar. El penúltimo caso es el del filósofo Peter Boghossian, que se ha visto forzado a presentar su dimisión en la Universidad del Estado de Portland en septiembre de 2021. Boghossian fue uno de los firmantes, junto a Helen Pluckrose y James Lindsay, de unos inventados «Estudios sobre Agravios», absurdos pero rebosantes de jerga políticamente incorrecta, que consiguieron colar en «prestigiosas» revistas académicas que quedaron así en evidencia. En 2017, por ejemplo, logró publicar en la revista *Cogent Social Sciences* un artículo revisado por pares titulado «El pene conceptual como construcción social» en el que argumentaba que los penes eran productos de la mente humana y responsables del cambio climático.

Boghossian, que se proclama ateo y de izquierdas, ha hecho pública su carta de dimisión dirigida a la rectora de la universidad, Susan Jeffords, en la que traza un devastador pero muy fiel retrato de en qué se han convertido tantos campus universitarios:

> Nunca creí –ni creo ahora– que el objetivo de la enseñanza fuera llevar a mis alumnos a una conclusión determinada. Más bien, he buscado

siempre crear las condiciones para un pensamiento riguroso; ayudarles a obtener las herramientas para sacar sus propias conclusiones. Esta es la razón por la que me convertí en profesor y por la que amo la enseñanza.

Pero, paso a paso, la universidad ha hecho imposible este tipo de exploración intelectual. Ha transformado un bastión de la libre indagación en una fábrica de justicia social cuyos únicos inputs son la raza, el género y el victimismo y cuyos únicos resultados son la queja y la división.

A los estudiantes de Portland State no se les enseña a pensar. Más bien, se les entrena para imitar la certeza moral de los ideólogos. El profesorado y los administradores han abdicado de la misión de búsqueda de la verdad de la universidad y en su lugar impulsan la intolerancia hacia las creencias y opiniones divergentes. Esto ha creado una cultura de la ofensa en la que los estudiantes tienen ahora miedo de hablar abierta y honestamente».

Boghossian explica que tras la publicación de su artículo de 2017:

Empezaron a aparecer esvásticas con mi nombre en los baños cercanos al departamento de filosofía. También aparecieron ocasionalmente en la puerta de mi despacho, en una ocasión acompañadas de bolsas de heces. Nuestra universidad permaneció en silencio. Cuando actuó, lo hizo contra mí, no contra los autores.

En marzo de 2018, un profesor titular interrumpió un debate público que mantenía con la escritora Christina Hoff Sommers y los biólogos evolutivos Bret Weinstein y Heather Heying. En junio de 2018, alguien activó la alarma de incendios durante mi charla con el popular crítico cultural Carl Benjamin. En octubre de 2018, un activista sacó los cables del altavoz para interrumpir un panel con el ex ingeniero de Google, James Damore. La universidad no hizo nada para detener estos comportamientos. Nadie fue castigado ni se tomaró ninguna medida disciplinaria.

> Para mí, estos años han estado marcados por el acoso continuo. Encontré folletos por el campus en los que aparecía con una nariz de Pinocho. Los transeúntes me escupían y amenazaban mientras iba a clase. Los estudiantes me informaron de que mis compañeros les decían que evitaran mis clases. Y, por supuesto, fui objeto de más investigaciones.
>
> [...] Este no es el final que deseaba. Pero me siento moralmente obligado a tomar esta decisión. Durante diez años he enseñado a mis alumnos la importancia de vivir según tus principios. Uno de los míos es defender nuestro sistema de educación liberal de quienes pretenden destruirlo. ¿Quién sería yo si no lo hiciera?

Boghossian es la penúltima víctima del clima que se ha instalado en las universidades (no es ninguna casualidad que sea uno de los promotores de la nueva Universidad de Austin, que nace como respuesta a la cultura de la cancelación en los campus universitarios). Y es que al calor del enrarecido clima impuesto por la corrección política se han multiplicado en numerosos campus las denuncias y numerosos guardianes woke han encontrado un cómodo y rentable modo de vida en las oficinas de diversidad, inclusión y/o antidiscriminación que han florecido como hongos. Tanto que en junio de 2021 una joven norcoreana que encontró refugio en los Estados Unidos, Yeonmi Park, explicaba sobre su estancia en la Universidad de Columbia, en Nueva York, que ni siquiera en Corea del Norte había visto el nivel de lavado de cerebro que presenció allí. «Esperaba que me enseñaran a pensar –explicaba Yeonmi Park–, pero te obligan a pensar como ellos quieren que pienses. Me di cuenta de que era una locura. Pensé que Estados Unidos era diferente, pero vi tantas similitudes con Corea del Norte que empecé a preocuparme». Y esta fiebre no se limita a los campus estadounidenses sino que ha ido extendiéndose al resto del mundo. El caso Legutko no ha ocurrido ni bajo el régimen comunista ni en un campus californiano: estamos hablando del año 2021 y de nada más y nada menos que de la célebre Universidad Jagellónica de Cracovia.

Ryszard Legutko es uno de los principales filósofos polacos actuales. Durante mucho tiempo fue profesor de la Universidad Jagellónica de Cracovia, el centro de enseñanza superior más antiguo y prestigioso del país. Estudioso de Platón y traductor de sus diálogos, empezó a dar clases en los años 70 y fue redactor jefe de la revista clandestina polaca ARKA bajo la ley marcial en la década de 1980. Tras la caída del comunismo, fue elegido senador y ocupó el cargo de Ministro de Educación, para posteriormente ser diputado en el Parlamento Europeo.

Legutko recuerda perfectamente la época del socialismo real, cuando la consigna de «igualdad de trato a los estudiantes» significaba, entre otras cosas, que los «hijos de la clase obrera y de los campesinos» recibían «puntos preferenciales» (el equivalente de las cuotas de hoy en día) a la hora de acceder a la universidad. Esta «discriminación positiva» se aplicaba también a los docentes: profesores mediocres, pero ideológicamente comprometidos con la causa, conseguían fácilmente los mejores puestos. No es de extrañar pues la sorpresa de Legutko al ver, en pleno 2021, reaparecer estas prácticas en su propia universidad bajo la forma de una «oficina de igualdad».

Una oficina para velar supuestamente por la nueva «clase oprimida», que ya no son los hijos de obreros y campesinos, sino quienes están obsesionados por su identidad y sus preferencias sexuales, que quieren obligar a los demás a aceptar como la nueva norma cultural. Y como la mayoría de la población se resiste, entonces optan por imponerlas desde las instituciones. Así aparecen organismos como estas «oficinas de igualdad», lugares desde donde los nuevos comisarios ideológicos imponen sus propias reglas a los demás.

En su carta dirigida al rector, Legutko explica que «me sorprendió saber que la Universidad Jagellónica ha creado y tiene en funcionamiento desde hace tiempo una oficina dedicada a la "igualdad de trato de toda la comunidad estudiantil y doctoral de la UJ"». Sigue la carta señalando que «en todas las situaciones que

conozco, las estructuras antidiscriminatorias están muy implicadas, pero no del lado de los perseguidos, sino de los perseguidores», para luego hacer esta fina observación:

> Si creamos una estructura pagada y especialmente programada para buscar desigualdades y discriminaciones, es obvio que las encontrará con la suficiente rapidez como para demostrar la razón de su existencia, y tarde o temprano tomará las medidas que se toman en otros cientos de universidades. Además, la teoría que justifica este acoso, que es un poco el equivalente moderno del lysenkoísmo[1], está construida de tal manera que siempre encontrará desigualdades. No conozco ningún caso en el que su aplicación haya producido un resultado negativo. Las conclusiones proclaman invariablemente la necesidad de una mayor vigilancia ideológica y de una acción más enérgica, lo que previsiblemente genera consecuencias que van de la mano de las patologías indicadas anteriormente.

Para concluir así: «Le pido, señor rector, que ponga fin a estas iniciativas y que disuelva esta grotesca oficina universitaria».

La propuesta fue sometida al voto de la treintena de profesores del Instituto de Filosofía: sólo uno votó a favor de la petición de Legutko y otro se abstuvo. Una unanimidad casi perfecta que recuerda a aquellas votaciones a la búlgara, propia de las tiranías comunistas, y eso a pesar de que ahora los colegas de Legutko ya no corren el riesgo de ser enviados a un campo de trabajo, a una prisión o sencillamente a ser interrogados por la policía secreta. Eso sí, por si alguien tenía alguna duda, apareció una carta en nombre de los «estudiantes de la Universidad Jagelónica» (¿de todos? ¿en serio?) que dejaba bien claro el camino para evitar problemas. En ella se podía leer: «es con gran tristeza y vergüenza

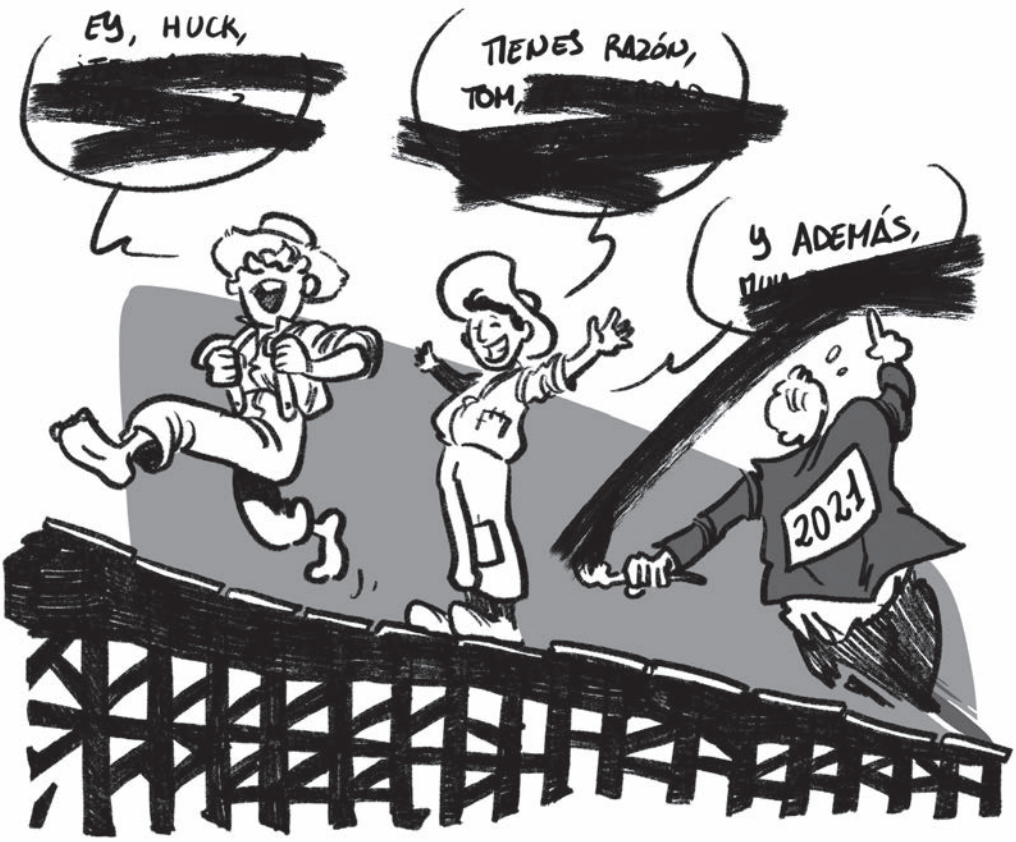
1 Término derivado del nombre del ingeniero agrónomo soviético Trofim Denísovich Lysenko, promotor con el apoyo del Estado de teorías acientíficas que negaban la genética y que se convirtieron en la «ciencia oficial» en la Unión Soviética.

que leemos la carta» del profesor Legutko. Y añadían que «por su carácter excepcionalmente ofensivo, percibimos esta carta como una acción dirigida no sólo a las autoridades de nuestra universidad, sino sobre todo a toda la comunidad universitaria». Menos brutal que en tiempos del comunismo, el mecanismo actual se revela incluso más eficaz.

Y ya que hablamos de universidades, la de Nottingham se ha ganado el dudoso honor de aparecer en estas páginas. Y es que la universidad confirmó el pasado 25 de agosto de 2021 que había rechazado el nombramiento del padre David Palmer como capellán católico. ¿El motivo?: «Nuestra preocupación no está relacionada con las opiniones del padre David, sino con el modo en que éstas se expresan en el contexto de nuestra diversa comunidad de personas de muchas religiones», explicó un portavoz de la universidad. Cuando le pidieron que concretara un poco más, la universidad especificó que las preocupaciones estaban relacionadas con las publicaciones de Palmer en las redes sociales, poniendo como ejemplo una sobre el suicidio asistido. Efectivamente, el sacerdote se había referido al proyecto de ley de «muerte asistida» como un intento de permitir «matar a los más vulnerables».

El propio Palmer explicó la alternativa que le habían propuesto: «Me dijeron que estaba bien que tuviera esa opinión, pero que les preocupaba cómo la expresaba. Cuando les pregunté cómo me sugerían que lo expresara, me sugirieron que lo llamara "cuidados al final de la vida"». ¡Cómo si «muerte asistida» y «cuidados al final de la vida» fueran lo mismo!

El tono orwelliano de las explicaciones dadas por la Universidad de Nottingham salta a la vista. Como declaró el padre Palmer, «la universidad afirma que apoya la "diversidad y la inclusión", pero parece que la diversidad sólo llega hasta cierto punto, ciertamente no hasta el punto de que el capellán católico pueda expresar con claridad las creencias católicas». Diversidad e inclusión sí,... pero dentro de un orden.


EY, HUCK,
TIENES RAZÓN,
TOM,
Y ADEMÁS,
2021

13

ARRASAR NUESTRA CULTURA: PEORES QUE ATILA

Nos hemos referido antes a aquel grito de guerra de los primeros zelotes canceladores que se dirigía contra los que denigraban como «viejos hombres blancos». Ya saben, gente como Platón, Aristóteles, Cicerón, Dante, Shakespeare o Cervantes, unos tipos irremediablemente patriarcales, racistas y poco recomendables. Se inició así una verdadera caza de brujas en la que los cancelados cada vez respondían menos al tópico del demagógico eslogan. Por ejemplo, el bueno de Mark Twain y sus deliciosos Tom Sawyer y Huckleberry Finn, cima de la literatura estadounidense, cayeron en desgracia por culpa del empleo de la palabra despectiva para referirse a un negro, algo común en la forma de hablar del Mississippi de la época (¡menuda credibilidad iban a tener los relatos si todos los personajes hablaran como lo hacen los profesores progres de las universidades norteamericanas!). A Twain le ocurrió lo que a Shane McGowan y los Pogues con su emblemática canción *Fairytale of New York*, una de las canciones más radiadas en el Reino Unido y elegida en 2012 nada menos que «The Nation's Favourite Christmas Song». Hasta que en 2020 los censores políticamente correctos fijaron su mirada en los insultos e improperios que en la canción se lanzan Kirsty MacColl y Shane McGowan, que encarnan a dos irlandeses que llegan a Nueva York a mediados del siglo pasado, repletos de ilusiones y que ahora, fracasados

y desengañados, solo tienen reproches mutuos hacia quien consideran culpable de su vida tirada por la borda. Demasiada dosis de realismo para quienes intentan imponernos un mundo en el que las expresiones que ellos han definido como ofensivas han sido definitivamente erradicadas. Un intento de cancelación que supone un ataque al arte que el músico Nick Cave comentaba así:

> La idea de que una palabra, o una línea, en una canción puede ser simplemente cambiada por otra y no provocar un daño significativo es una noción que sólo puede ser sostenida por aquellos que no saben nada acerca de la frágil naturaleza de la composición de canciones... Los cambios exigidos destruyen la canción, desinflándola justo en su momento más esencial, despojándola de su valor. Se convierte así en una canción que ha sido manipulada, comprometida, domada y castrada y que ya no puede ser llamada una gran canción. Es una canción que ha perdido su verdad, su honor e integridad; una canción que se ha arrodillado y ha permitido a la BBC hacer su oscuro y pringoso negocio.

Los Pogues no son los únicos músicos que han sufrido un intento de cancelación. Winston Marshall, miembro del grupo de folk rock Mumford & Sons, decidió abandonar la banda después de verse envuelto en una tormenta de acoso y amenazas en twitter a principios de 2021.

Marshall fue atacado por primera vez en marzo porque tuiteó sobre un libro titulado *Unmasked* (*Desenmascarados, el plan radical antifa para destruir la democracia* en su traducción española), una investigación sobre los «antifa» obra de Andy Ngo. Marshall se limitó a calificar el libro de Ngo de «importante» y escribió que su autor era «un hombre valiente». Suficiente para que la jauría woke se lanzara sobre él con acusaciones de todo tipo, entre ellas la de que era un «nazi camuflado», algo especialmente hiriente, explica el músico, debido a sus antecedentes familiares: «Trece miembros de mi familia fueron asesinados en los campos de concentración del Holocausto... Mi familia conoce los males

del fascismo dolorosamente bien. Por decirlo de alguna manera, llamarme "fascista" es un disparate más allá de lo imaginable».

Marshall no es un fascista (a menos que por fascista se entienda simplemente alguien que no está de acuerdo con lo que los gurús de la corrección política han decretado que hay que creer), y Ngo tampoco lo es: es sencillamente un periodista que lleva años documentando las hazañas violentas de los activistas antifa, especialmente en su ciudad natal, Portland. Poco importó para quienes se sumaron a la turba online que no solo se desató sobre Marshall, sino sobre sus compañeros de grupo y sus familias. Y es que hoy en día, cuando tanto se alardea de libertad de expresión, la realidad es que tuitear una recomendación de un libro puede ponerte en el blanco de un linchamiento en redes sociales y medios de comunicación que no se reduce a tu persona, sino que se extiende a tu alrededor.

A pesar de ello, y pensando que era lo mejor para calmar el linchamiento digital, Marshall se disculpó por el tuit: una decisión de la que pronto se arrepintió al comprender que a partir de ese momento debería permanecer siempre con la boca cerrada. Tras recapacitar y llegar a la conclusión de que no quiere vivir callado por miedo a ser cancelado y que ello afectase a su grupo, Marshall anunció que abandonaba Mumford & Sons. Así explicaba su decisión:

> Hablar de lo que he aprendido que es un tema tan controvertido traerá inevitablemente más problemas a mis compañeros de banda. Mi amor, lealtad y responsabilidad hacia ellos no me permiten hacerlo. Podría quedarme y seguir autocensurándome, pero eso erosionaría mi sentido de la integridad. Roería mi conciencia. Ya lo he empezado a sentir.

Y seguía haciendo referencia a la catarsis que había supuesto negarse a someterse a la turba woke y a la importancia vital de no traicionar su conciencia, algo que ha conectado con el sentir de muchos:

«Me ha sorprendido la respuesta a mi decisión de dejar mi banda, Mumford & Sons. El artículo en el que explicaba los motivos ha sido leído 700.000 veces y ha sido publicado por periódicos del Reino Unido, Estados Unidos y Alemania. Mi principal esperanza al publicarlo era restablecer mi propio sentido de la integridad, erosionado por una disculpa que presenté a una minoría extrema pero vociferante de internet que se mostraba muy contraria a lo que yo consideraba un tuit inocuo dirigido a Andy Ngo, el autor de un libro superventas sobre la extrema izquierda radical. Al igual que nunca previ la airada reacción a mi anodino tuit, tampoco podía prever que mi artículo sobre el alboroto subsiguiente fuera a generar tantos mensajes de gratitud. ¿Gratitud por qué? No por dejar la banda –aunque algunos se alegren–. Parece como si, al explicar por qué sentía que no podía seguir, hubiera articulado algo que mucha gente siente en su vida cotidiana: la autocensura. En el actual clima político febril, muchos de nosotros tenemos demasiado miedo de decir lo que pensamos.

[...] Un tema que aparece una y otra vez en estos correos electrónicos es el miedo a que decir «la verdad» tenga un coste demasiado alto. Así que la gente se queda callada. Tienen que pagar el alquiler o la hipoteca. Sus carreras han tardado décadas en construirse. Tienen que rendir cuentas a sus colegas, que a su vez dependen de ellos para mantener sus vidas y sus responsabilidades. Hay hijos que cuidar. Algunos cuentan que sus amigos se han apartado de ellos por tener opiniones incorrectas. Otros explican cómo se callan en el trabajo o asienten cuando las cosas no les parecen del todo bien. Otros describen el acoso que sufren por su «pensamiento incorrecto». Es noble dar prioridad a esos aspectos enormemente importantes de nuestras vidas: la familia, las amistades, las carreras. Pero el sacrificio de mantenerse en silencio también tiene un precio. Lo que comienza como una sensación de molestia puede irse acumulando en tu interior. Una cinta elástica que se estira lentamente acaba deformándose. Quizá nuestra conciencia haga algo parecido.

Pienso en Vaclav Havel, el dramaturgo que fue un disidente y se convirtió en presidente checoslovaco, quien escribió en 1978 *El poder*

> *de los sin poder*, describiendo la vida en la época soviética. Havel utilizó el ejemplo del verdulero que coloca el lema «Proletarios de todo el mundo, uníos» en su escaparate: «Si se negara, podría tener problemas... Lo hace porque estas cosas deben hacerse si uno quiere seguir adelante en la vida». Es uno de los miles de detalles que le garantizan una vida relativamente tranquila, «en armonía con la sociedad». El tendero tiene mucho que perder si disiente de las normas ideológicas del momento. Sin embargo, en el momento en que deja de poner esa consigna y «rechaza el ritual y rompe las reglas del juego, descubre de nuevo su identidad y dignidad reprimidas».

Unas palabras, las de Havel, que si fueron escritas durante el dominio comunista en Europa del Este, se pueden aplicar de forma alarmante y tras ligeros retoques a la situación que se vive en el Occidente democrático liberal de hoy.

Y no pensemos que estas cosas les pasan solamente a roqueros y gentes de mal vivir. El pasado 30 de mayo de 2020, en el marco de los disturbios tras la muerte de George Floyd, varios manifestantes (blancos, por cierto) intentaron quemar el Palacio de Justicia de Nashville. El compositor de música clásica coral Daniel Elder, que vive cerca de allí y fue testigo de los hechos, subió un comentario en Instagram que decía: «Disfrutad quemándolo todo. Para mí se ha acabado: no puedo estar con vosotros».

A continuación se desencadenó el ya acostumbrado acoso a Elder en redes sociales. El editor de su música, GIA Publications, decidió salvarse de la quema, denunciar públicamente a Elder y exigirle una disculpa. Para asegurarse de que ésta era completa, el propio editor redactó la disculpa que Elder debía limitarse a firmar. En ella se leía lo siguiente:

> Durante el fin de semana hice una publicación en mis cuentas de redes sociales que fue insensible y estuvo mal redactada. Me disculpo profundamente por el enfado, la ofensa y el daño que causó este post. Si bien esta ofensa no fue intencionada, ése fue su resultado.

> Por todo ello, lo siento de verdad. No hay ninguna justificación que pueda ofrecer para mi mensaje. Así que, en lugar de intentar ofrecer una excusa por lo que hice, ofrezco la promesa de lo que haré en el futuro. Me comprometo a enmendar y a dialogar. Me comprometo a seguir informándome sobre los privilegios y los prejuicios. Me comprometo a seguir buscando comprender la experiencia de los demás, especialmente de la comunidad negra.

No llegaron a exigirle que se flagelara en público... pero casi.

Elder, finalmente, se negó a firmar esa disculpa y, por el contrario, animó a otros artistas a oponerse a lo que define como una «mentalidad propia de la mafia» que ve extenderse por toda la industria musical. Y claro está, empezó a buscar otro editor.

No dejamos aún el supuestamente estable y aburrido mundo de la música clásica, ahora sacudido también por la ola canceladora. A mediados de septiembre de 2021 nos enterábamos de que James Conway, director de la *English Touring Opera*, la compañía de ópera del *Arts Council of Great Britain*, había despedido a 14 de sus músicos por haber nacido con el color de piel inadecuado. Estos músicos recibieron una carta del director en la que se les informaba de que se les agradecía su excelente trabajo al mismo tiempo que eran despedidos porque Conway había decidido que la orquesta tenía que ser étnicamente más diversa.

Vemos pues que las cancelaciones no cesan de expandirse: si echamos una mirada al mundo de los libros descubrimos que también han alcanzado a la escritora juvenil Enid Blyton, cuya última edición francesa de *El Club de los Cinco junto al mar*, ha sido debidamente expurgada. Resulta que en esa aventura aparece una escena en la que los famosos protagonistas van a misa, algo juzgado inadmisible, divisivo y ofensivo. En la nueva versión esa visita a un lugar claramente inadecuado se transforma en un paseo por el mercado local. La descripción de la misa y del párroco deja su lugar a las legumbres, las verduras y los pollos. Si en el original leíamos que «su sermón, muy sencillo, parecía

emocionar a cada uno de los fieles en particular. Él les conocía bien a todos, era su amigo», ahora el pasaje se convierte en «Mme. Elouan conocía bien al carnicero pues era él quien se encargaba de vender las gallinas de su granja». Erradicada la religión, ya hay quien señala que la alusión a las gallinas, víctimas de la violencia especista, es también tremendamente ofensiva. Acabaremos admitiendo solamente a protagonistas adictos al yoga y alimentados a base de quinoa.

Tampoco cumplen con los cada vez más estrechos requisitos de los nuevos censores inclusivos esos peligrosos personajes que responden a los nombres de Tintín, Lucky Luke, Asterix y Obelix. Es lo que saltó a las noticias en septiembre de 2021, cuando conocimos el resultado de la vasta operación de cancelación emprendida por el Consejo escolar católico de Providence, institución que gestiona 30 colegios católicos en Ontario y que decretó quemar o destruir 4.716 ejemplares de libros de sus bibliotecas escolares porque sus contenidos estaban «desactualizados» o eran «inapropiados» dado que, según esa comisión, presentaban estereotipos negativos de los pueblos indígenas. Entre las 155 obras canceladas se encontraban los personajes de cómic antes mencionados, pero también una biografía del explorador Étienne Brûlé, primer europeo que vivió con los indígenas del Canadá y que por ello recibió el sobrenombre de «hijo de los hurones». ¿Su delito? La portada reproduce un cuadro de época en el que aparece el aventurero vestido de cazador y rodeado de indios medio desnudos.

Esto de quemar libros se suponía que era lo propio de bárbaros e intolerantes, de camisas pardas nazis decididos a que todo libro no alineado con su estrecha visión fuera pasto de las llamas. Pero ahora vemos que el tan temido regreso de las hogueras de libros es un hecho, sí, pero sus impulsores no son nazis, sino progresistas fanáticos de la diversidad y la inclusividad. Cuestionada, la portavoz del Consejo de Providence, Lyne Cossette, justificó la quema de libros explicando que su decisión tenía la intención de representar «apertura y reconciliación», y

que tenían pensado reemplazar libros de contenido obsoleto con estereotipos negativos por otros con «mensajes positivos e inclusivos». Seguía con las lamentaciones de rigor, un brindis al sol para mostrarse empática y comprensiva sin rectificar un ápice: «lamentamos sinceramente el impacto negativo de esta iniciativa que pretende ser un gesto de reconciliación». Por su parte, Suzy Kies, copresidente de la comisión de pueblos autóctonos, salía en defensa de la medida argumentando que «la gente entra en pánico con la quema de libros, pero hay millones de libros con imágenes negativas de personas autóctonas que perpetúan estereotipos y que son verdaderamente lamentables y peligrosos». Con esta perspectiva tiene asegurado el trabajo como censor de por vida, pues de lo que se trataría es de cancelar la entera historia de la literatura. Lo que añadía, tratando de quitar hierro al asunto, resultaba aún más estremecedor: «no se trata de borrar la historia, se trata de corregirla».

Nos alertan con frecuencia del peligro del regreso de peligrosos bárbaros ansiosos por quemar libros y acabar con nuestras libertades. Pues no andaban tan desencaminados, solo que esos bárbaros enarbolan la bandera de la inclusividad y la «reconciliación de los pueblos». Canadá se ha convertido así en la realización de las peores pesadillas de Orwell.

No podía faltar, en esta paradigmática historia, el detalle «sostenible». Tranquilos, quemamos libros pero lo hacemos de modo sostenible y ecológico. Es lo que explicaba uno de los miembros del Consejo escolar en un vídeo dirigido a los alumnos que han visto sus bibliotecas purgadas de los mejores cómics: sus cenizas son utilizadas como abono para plantar un árbol y, de este modo, «convertir lo negativo en positivo».

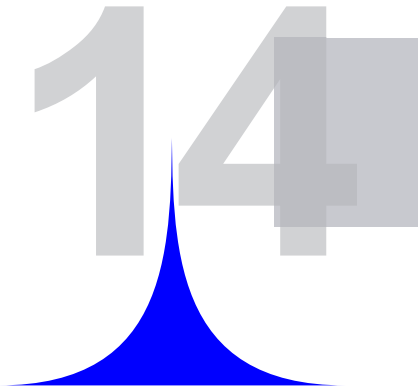
Un último y significativo detalle completan esta instructiva historia: una de las impulsoras de esta purga de libros, Suzy Kies, ha tenido que dimitir de su cargo al no poder demostrar que tuviera ningún antepasado perteneciente a lo que llaman como «Primeras Naciones», los pueblos indígenas que habitaban en

Canadá con anterioridad a la llegada del hombre blanco. Además de censora, farsante.

El periodista y humorista británico Andrew Doyle tuvo un rapto de genialidad cuando decidió lanzar la cuenta en twitter de Titania McGrath, una cuenta *fake* satírica que desmonta el relato woke a base de llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Doyle explicaba que Titania «predice el futuro con regularidad» y daba numerosos ejemplos. Lo ocurrido en Canadá es otro caso más a añadir a esa ya larga lista: en abril de 2019 Titania tuiteaba que «el único inconveniente de los libros electrónicos es que no los podemos quemar si son ofensivos». Y añadía: «quememos libros, renombremos calles, borremos el pasado y reeduquemos a las masas para que tengan las opiniones correctas. Es el único medio de vencer el fascismo». La intuición de Titania ha resultado exacta.

¡QUÉ FÁCIL LES HA SIDO TUMBARNOS!
CLARO. ES MUCHO MÁS SENCILLO QUE COMPRENDERNOS.

ICONOCLASTAS DEL SIGLO XXI



El caso es eliminar cualquier rastro del pasado que no encaje a la perfección con lo que se define como aceptable en cada momento, dando pie a un proceso sin fin de tutela ideológica totalitaria que va dejando un reguero de cancelaciones a su paso. Una dinámica que, por lógica, no puede detenerse en los libros y alcanza uno de los modos más obvios en que las sociedades preservan su memoria: los monumentos y estatuas. No es casualidad la ola de iconoclastia que acompañó los disturbios promovidos por Black Lives Matter en Estados Unidos durante el verano de 2020 y que se llevó por delante cientos de estatuas. Una destrucción que algunos califican como «psicología talibanesca», pero que tiene un claro precedente en otros furores iconoclastas, como el de los seguidores de Lutero, Zwinglio y Calvino en el siglo XVI o el de los jacobinos franceses que arrasó una parte importantísima del patrimonio francés en su afán por hacer *tabula rasa* del pasado.

El furor destructivo empezó por las estatuas de generales confederados, pero una vez desatado no se detuvo ante las estatuas de Lincoln (sí, han leído bien, Abraham Lincoln, el de la proclamación de emancipación en 1863 que convertía en libres a los esclavos que huían de territorio confederado), Theodore Roosevelt, Luis XVI o incluso Gandhi. Tampoco se salvaron los monumentos a Cristóbal Colón o los numerosos dedicados en California a San

Junípero Serra, acusado falsamente de todo tipo de atrocidades. Es justo lo contrario, como escribían los obispos de Los Ángeles y San Francisco, José Gómez y Salvatore Cordileone, en una carta publicada en el *Wall Street Journal* en la que recordaban que Serra «con 60 años de edad y padeciendo de mala salud recorrió más de 3.200 kilómetros hasta la Ciudad de México, para exigir que las autoridades adoptaran una declaración de derechos a favor de los indios que él había escrito». ¿Pero qué se puede esperar de una oleada de fanatismo que llegó a decapitar y derribar una estatua de Jesucristo en Miami o una de la Virgen María en Chattanooga?

Fiebre colectiva iconoclasta que ya ha superado las fronteras de los Estados Unidos donde se inició y que ha sido responsable de la destrucción de una estatua de la emperatriz Josefina, primera mujer de Napoleón, en Martinica, del almirante Nelson en Barbados o de Churchill en Londres (en este caso, tras sufrir diversos actos vandálicos, la estatua, que permanece en pie, hubo de ser cubierta con unas láminas de acero que la protegían, sí, pero impedían verla).

¿VOSOTROS TAMPOCO...?
LOS OSCAR EXIGIRÁN ESTÁNDARES DE DIVERSIDAD A LAS PELÍCULAS A PARTIR DE 2024.

15

EL RACISMO ESTÁ DE VUELTA (Y ESTA VEZ LOS PROGRES APLAUDEN)

Otro ámbito en el que las cancelaciones están a la orden del día es el relacionado con las cuestiones raciales, muy especialmente en la estela del activismo impulsado por la organización Black Lives Matter.

Aquí nos topamos también con una serie de ideas básicas completamente distorsionadas y desligadas de la realidad, que contaminan el modo de abordar el asunto y provocan más conflicto del que supuestamente querían evitar.

Empezando por la idea de que las mentalidades están determinadas ineludiblemente por el color de la piel (algo que antes solo defendían los racistas y que ahora es moneda común entre los que se califican a sí mismos como «antirracistas»). Pero veamos un par de ejemplos de cómo lo que llaman Teoría Crítica de la Raza choca con la realidad.

Uno de los fenómenos más curiosos es el que se refiere al término con el que se supone que deberíamos nombrar a las personas de origen hispanoamericano que viven en los Estados Unidos. ¿Hispanos? ¿Latinos? Al parecer no es suficiente «inclusivo» para los estándares actuales, así que se han sacado de la manga la palabreja «Latinx». Su supuesta ventaja radica en que no hace distinción de

género; a cambio, eso sí, resulta impronunciable. Pero, ¿qué importa eso si así lo han decidido los genios (blancos, por supuesto) de algún departamento universitario de estudios raciales y de género?

De hecho, menos del 5% de los hispanos están de acuerdo con que les designen con el término «Latinx» según una reciente encuesta realizada por Gallup. Y eso que el presidente Joe Biden lo utilizó cuando habló de lo difícil que estaba siendo vacunar a todos los «latinx» (igual habría tenido más suerte si hubiera intentado vacunar a los hispanos). La que tiene la solución para este problema es la cuenta satírica en twitter de Titania McGrath: «Esta encuesta afirma que el 5% de los hispanoamericanos prefiere el término "Latinx". El 95% restante sufre de racismo interiorizado y deberían ser clasificados como blancos. Por lo tanto, el 100% de los hispanoamericanos prefiere el término "Latinx"». Matemáticas inclusivas lo llaman.

Otra situación en la que la Teoría Crítica de la Raza se da de bruces con la realidad es cuando aborda a las personas de origen asiático. Precisamente uno de los casos más controvertidos que han llegado al Tribunal Supremo de los Estados Unidos es el de *Estudiantes por unas Admisiones Justas* (SFFA) contra Harvard, que ha llevado la discriminación antiasiática al primer plano de la actualidad. SFFA (*Students for Fair Admissions*) sostiene que los criterios raciales en el proceso de admisión de Harvard violan la Constitución estadounidense al perjudicar a los solicitantes asiáticos por su raza, mientras que Harvard argumenta que los objetivos de diversidad del campus justifican su proceso de admisiones basado en criterios raciales.

Para entender el retorcido argumento de Harvard hay que fijarse en lo que entienden por «supremacía blanca»: una opresión racial que, según estos ideólogos, abarca diversos fenómenos diferentes y lo permea absolutamente todo: desde la discriminación flagrante, hasta la misma gramática, pasando por la elección de no participar activamente en violentos disturbios... todo se incluye bajo un término que tiene mucho de obsesión.

Mientras eran principalmente los blancos quienes tenían éxito económico y social todo era más sencillo (su éxito se podía presentar como consecuencia directa del supuesto racismo encubierto que juega en su favor), pero la aparición de varios grupos raciales que han llegado a tener tanto éxito como los blancos ha complicado enormemente aquella construcción ideológica. Ante la zozobra, los teóricos críticos de la raza llegaron al rescate e idearon el término «adyacencia blanca». Robin DiAngelo, autor del libro *White Fragility*, lo define de esta manera: «Cuanto más cerca estés de la blancura seguirás experimentando el racismo, pero habrá algunos beneficios debido a tu proximidad percibida a la blancura. Cuanto más lejos estés, más intensa será la opresión».

Según los teóricos críticos de la raza, los asiático-americanos son la minoría más adyacente a los blancos y algunos incluso llegan a decir que los asiáticos no cuentan como «gente de color». De hecho, con el fin de excluirlos de la categoría de víctimas y ubicarlos entre los opresores, han inventado el término BIPOC (*Black and Indigenous people of color*), que deja fuera a los asiáticos. La verdad es que la adyacencia a los blancos es simplemente una herramienta retórica para discriminar a los asiático-americanos y un concepto implícitamente racista. La idea de la adyacencia blanca se basa en el gran éxito de los asiáticos, que desde unos inicios en la peor de las marginalidades (algunos de sus antepasados trabajaron en la construcción del ferrocarril en los Estados Unidos en condiciones de semiesclavitud) han conseguido la mayor renta per cápita, los menores índices de criminalidad per cápita y los mayores índices de educación universitaria, por encima de los blancos.

El problema es que la teoría crítica de la raza define implícitamente todo buen resultado social como algo propio de los blancos, conseguido gracias a un sistema de opresión racial que se perpetúa. Incluso si tu familia proviene de China o de la India, acceder a altos grados de educación y de éxito personal se considera un comportamiento «blanco». ¿A qué suena a racista? Es

que lo es. Si ser rico y exitoso es una característica «blanca», ¿no es lógico pensar que ser pobre y fracasado sería una característica «negra» o, al menos, propia de la gente «de color»? Un argumento que no desentonaría en una publicación del Ku Klux Klan pero que ahora es asumido por la teoría crítica de la raza al encerrar a la personas en inescapables y determinantes categorías raciales.

No todo el mundo traga con esta ideología reduccionista. La historia de una de las líderes de las protestas de padres contra la Teoría Crítica de la Raza en Virginia, clave para el vuelco electoral en las últimas elecciones a gobernador del estado, Asra Q. Nomani, es muy reveladora: inmigrante musulmana y madre soltera, Nomani llegó desde la India cuando tenía cuatro años y no sabía ni una palabra de inglés. En una entrevista se declaraba demócrata y liberal, pero afirmaba también que se negaba a que su hijo fuera adoctrinado en una ideología que «impugna el carácter y la moralidad de la gente en base a su raza o el color de su piel». Otro que se ha rebelado es Timothy Keiderling, cuyo caso es un buen ejemplo de lo importante que es, en estos asuntos, nadar contra corriente. Keiderling es un estudiante de 24 años que se matriculó en el Princeton Theological Seminary. Estaba contento con las clases, sus profesores y compañeros... hasta que le exigieron que asistiera a unas sesiones de formación «antirracista». Keiderling asistió a la primera sesión en agosto de 2020 y allí se les pidió a los alumnos «que eligieran lecturas sobre el racismo en función de la raza con la que se identificaban», para luego separar a los alumnos en varios grupos según su raza. En su caso, un «grupo sólo para blancos» para crear «un espacio en el que poder realmente enfrentarnos a nuestra blancura y al modo en que hemos sido socializados sin causar daño a nuestros colegas de color».

«Nos dieron lecturas guiadas y vídeos y nos dijeron que sólo había una respuesta posible», explica Keiderling. Y por supuesto, nada de debatir ni mostrar ningún tipo de disconformidad. El planteamiento estaba muy claro: ser blanco es «algo de lo que hay que arrepentirse» y «la blancura es una forma de pecado

estructural». «En otras palabras –concluye–, nos decían lo que teníamos que pensar. Lo consideré un adoctrinamiento».

La mayoría de los estudiantes no se quieren complicar la vida y repiten el discurso que los organizadores de estas sesiones quieren oír. Keiderling no, y con la ayuda de la Academic Freedom Alliance, una organización impulsada por el también profesor de Princeton, Robert P. George, decidió llevar a los tribunales a su universidad. No fue necesario llegar ante un juez: ante esa perspectiva los responsables del seminario aceptaron su no asistencia a esas sesiones antirracistas tan sumamente racializadas.

Una medida de la gravedad de la situación es el testimonio de Xi Van Fleet, una disidente china que creció durante la revolución cultural comunista y vive actualmente en los Estados Unidos. Xi Van Fleet explicaba su experiencia en una reciente reunión del consejo escolar en el condado de Loudoun, Virginia. Lo que vio allí fue, en sus propias palabras, «la versión norteamericana de la revolución cultural china», con la única diferencia de que en vez de usar la clase usan la raza como elemento discriminador.

> Utilizan la misma ideología y la misma metodología, incluso el mismo vocabulario, y persiguen el mismo objetivo. Quienes tienen un punto de vista diferente son tachados de racistas. En la Revolución Cultural, la etiqueta era «contrarrevolucionario»... Y la metodología es también muy similar, consiste en cancelar la cultura. Básicamente cancelamos toda la civilización china previa al comunismo. Cambiamos los nombres de nuestras escuelas, los nombres de las calles, los nombres de las tiendas. Cambiamos incluso nuestros nombres personales.

Por cierto, quienes sí han comprado el pack «neorracista» completo son los de la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de Hollywood, encargada de conceder los premios Oscar, que anunció a finales de 2020 las «nuevas normas de representación e inclusión para la elegibilidad de los Oscar en la categoría de Mejor Película».

Unas normas completamente ajustadas a los criterios políticamente correctos y en los que las consideraciones artísticas brillan por su ausencia. La justificación avanzada por el Presidente de la Academia, David Rubin, y la Directora General de la Academia, Dawn Hudson, es un revoltillo en el que aparecen los ingredientes de siempre: representatividad, equidad, diversidad, apertura... para concluir que «creemos que estas normas de inclusión serán un catalizador para un cambio duradero y esencial en nuestra industria». Algo en lo que, lo confesamos, estamos de acuerdo.

¿Y en qué consisten estas nuevas normas?

Básicamente en una serie de criterios que deben cumplir las películas para ser consideradas elegibles a la categoría de mejor película:

- Al menos uno de los actores principales o secundarios significativos pertenece a un grupo racial o étnico infrarrepresentado (Asiático, Hispano/Latino, Negro/afroamericano, Indígena/Nativo Americano/Nativo de Alaska, Oriente Medio/Norte de África, Nativo de Hawai u otras islas del Pacífico, Otra raza o etnia subrepresentada).
- Al menos el 30% de todos los actores en papeles secundarios pertenecen a al menos dos de los siguientes grupos subrepresentados: (Mujeres, Grupo racial o étnico, LGBTQ+, Personas con discapacidades cognitivas o físicas, o sordas o con problemas de audición)
- El argumento principal, el tema o la narrativa de la película se centran en un grupo subrepresentado.
- Al menos dos de entre los siguientes puestos (director de casting, director de fotografía, compositor, diseñador de vestuario, director, montador, peluquero, maquillador, productor, diseñador de producción, decorador, sonido, supervisor de efectos visuales, guionista) pertenecen a un grupo subrepresentado.

- Al menos el 30% del equipo de la película pertenece a un grupo subrepresentado.

Se ha anunciado que para las ediciones de los Óscars de 2022 y 2023 se requerirá la presentación de un formulario confidencial sobre las «Normas de Inclusión de la Academia», pero que el cumplimiento de los umbrales de inclusión aún no será necesario para ser elegida Mejor Película... hasta 2024. O sea, que aún cabe la probabilidad, bastante remota, eso sí, de que se cuele una buena película entre las premiadas con los Óscars, pero vayan olvidándose de que películas tan poco diversas como *El discurso del rey*, *En tierra hostil*, *Gladiator* o *Braveheart* puedan ganar algo bajo el nuevo régimen woke. Amantes del cine, dejad atrás toda esperanza: a partir de ahora os tendréis que conformar con películas tediosas y rebosantes de moralina woke, eso sí, filmadas y protagonizadas por todo tipo de miembros de grupos subrepresentados. El aburrimiento será mortal, pero nuestras conciencias exultarán de superioridad moral. ¡Qué avanzados y progresistas vamos a ser!

No parece que quienes dirigen la Academia de Hollywood hayan leído a Camille Paglia cuando, con su habitual desparpajo, analizando «una mentalidad política ingenua que culpa de todos los problemas humanos a los varones blancos imperialistas que han victimizado a las mujeres y a las personas de color», diagnosticaba que «esa visión de la historia procede de personas que no saben nada de historia». Tampoco de cine.

16

SOLO UN MONGOL QUEER VEGANO MENOR DE VEINTE AÑOS PUEDE TRADUCIR A OTRO MONGOL QUEER VEGANO MENOR DE VEINTE AÑOS

En una de sus frases más célebres, Martin Luther King confesaba que «sueño que mis cuatro hijos vivan un día en una nación donde no sean juzgados por el color de su piel sino por su carácter»; algo que parecía en gran medida haberse hecho realidad. Pero en esto llegaron los ideólogos de la teoría crítica de la raza, la flor y nata del wokismo interseccional (que sostiene que todas las diferentes opresiones están interconectadas), para dar nueva vida al racismo, solo que está vez se presenta con todas las credenciales de superioridad moral asociadas a lo woke.

Un racismo que los Estados Unidos ya han exportado a Europa de la mano de una joven poetisa negra estadounidense nacida en 1998 llamada Amanda Gorman. No crean que su caso es una historia de marginalidad: el sistema educativo estadounidense, tan opresivo y discriminador, detectó enseguida su valía y la becó en una escuela privada en Santa Mónica. Con 19 años recibió el National Youth Poet Laureate, al que siguió la beca para estudiar

nada menos que Sociología en Harvard. Gorman tiene ya ONG propia, «One Pen One Page», y en 2017 se convirtió en la poetisa más joven que haya inaugurado la temporada literaria de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. Ha aparecido en la MTV, escribió un bien remunerado homenaje a los atletas negros para Nike y tiene un acuerdo con Viking Children's Books para escribir dos libros ilustrados para niños. Es difícil encontrar a alguian más privilegiado que Amanda Gorman, cuya vida está en las antípodas de la historia de exclusión, marginación y opresión blanca y patriarcal que conforma el relato oficial.

Pero el gran salto a la fama internacional le llegó a Gorman cuando el pasado 20 de enero de 2021, con sólo 22 años, recitó uno de sus poemas en la investidura presidencial de Joe Biden, convirtiéndose así en la poetisa más joven en participar en una toma de posesión presidencial en los Estados Unidos. El poema, que algunos han calificado de «autoayuda patriótica», se titula *The hill we climb* –La colina que subimos– y habla de «un país que está herido pero entero,/ bien intencionado pero decidido,/ feroz y libre./ Ninguna intimidación nos detendrá/ ni interrumpirá/ porque sabemos que nuestra inacción e inercia/ serán la herencia de la próxima generación». Desde entonces, su carrera se ha visto jalonada por nuevos ataques del poder racista estructural blanco. Un ejemplo bastará para exponer la crueldad del racismo sistémico que se ha abatido sobre ella: la National Football League contrató a Gorman en febrero de 2021 para recitar un poema durante la ceremonia de inauguración de la temporada de fútbol americano. ¡Qué manera de cebarse en esta pobre y desvalida chica negra!

La aparición de Gorman en la toma de posesión de Biden y la publicidad asociada dio lugar a que diversas editoriales europeas se hayan decidido a traducirla y publicarla. Como la holandesa editorial Meulenhoff, de Amsterdam. La propuesta de que la traductora fuera Marieke Lucas Rijneveld fue enseguida aceptada por Gorman y sus agentes. Rijneveld parecía una buena elección:

le saca algunos años a Gorman (tiene 29), pero no muchos, es escritora (en 2020 ganó el prestigioso Premio Booker Internacional) y, lo más importante, se ha declarado no-binaria.

Todo parecía ir viento en popa hasta que una tal Janice Deul, comentarista de moda de un diario holandés de gran tirada, lanzó su grito de alarma en un artículo titulado: «Una traductora blanca para la poesía de Amanda Gorman: Incomprensible». Allí Deul se deshacía en elogios hacia el look de Gorman:

> Su fabuloso look de inauguración, completo con un abrigo amarillo brillante de Prada, una banda roja para el cabello y sus trenzas [...] Tanto es así que le ofrecieron un contrato con IMG Models, una de las agencias de modelos líderes en el mundo.

Pero estos halagos quedaban emborronados por una gravísima cuestión, confesaba con indignación Janice Deul:

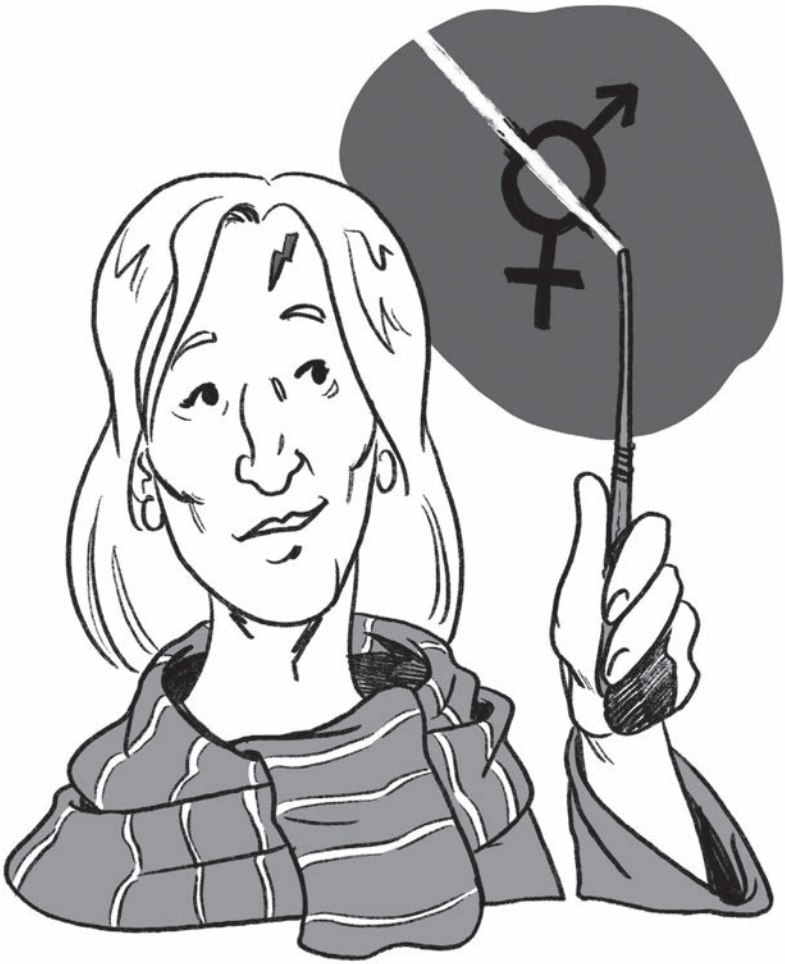
> Incomprensible, para mí y para tantos otros que expresaron su dolor, frustración, enfado y decepción en las redes sociales. Gorman se describe como «una chica negra flaquita». Y su trabajo y su vida están coloreadas por sus experiencias e identidad de mujer negra. ¿No es –por lo menos– una oportunidad perdida encargarle este trabajo a Marieke Lucas Rijneveld?

Gorman se merecía, necesitaba, una traductora negra, y no una blanquita (por muy no-binaria que sea). Está de más indicar que Janice Deul es negra y se mostraba dispuesta a encargarse ella misma de la traducción.

Es lo que llaman la lucha contra la apropiación cultural, definida como la explotación por parte de una cultura dominante de referencias culturales propias de una cultura dominada (como si la cultura estuviera formada por compartimentos estancos propiedad de colectivos establecidos e inalterables). Un argumento que, si aplicamos su lógica con coherencia, nos llevaría a que

solamente un viejo puede traducir a otro viejo, un hombre a otro hombre, un chino a otro chino o un gordo a otro gordo. Una lógica que ya se cebó en la cantante Rosalía (una paya de Martorell apropiándose del argot y la música gitana) y que llevada al extremo lógico nos debería hacernos plantear si hay que ser una monja del siglo xvii para traducir a sor Juana Inés de la Cruz. En cualquier caso, Rijneveld, acosada por una brutal campaña en redes sociales, el pasado 1 de marzo de 2021 anunció que renunciaba a traducir a Gorman.

De Holanda a España. La traducción al castellano fue rápida y se metió en imprenta antes de que se desatase la tormenta, así que disponemos de la versión de Nuria Barrios, escritora blanca y que roza los sesenta años. No ha ocurrido lo mismo con la versión catalana, encargada inicialmente a Víctor Obiols. El mismo traductor lo ha explicado: «Soy hombre, blanco y ya no soy joven. Me han dicho que no soy adecuado». Y es que la editorial que posee los derechos de Amanda Gorman ha decidido, tras lo sucedido en Holanda, que sólo traduzcan su poesía jóvenes negras como ella. Víctor Obiols, que acababa de terminar de traducir al catalán la obra que ha hecho famosa a Gorman, quedaba descartado: «Desde América lo habían parado todo –explica– porque yo no cumplía los requisitos adecuados para traducir a Amanda Gorman». Cuando Obiols fue a entregar la traducción, el propio editor, cuenta el veterano traductor, «estaba muy avergonzado». Finalmente Obiols intentaba sin éxito, en una entrevista concedida a La Stampa, jugar la carta del victimismo: «Yo, a mi manera, estoy sufriendo lo que los negros han sufrido durante siglos: la discriminación por motivos de raza, género y edad». De nada sirvió: en el mundo woke de la corrección política no hay sitio ni para el arrepentimiento ni para la piedad y el carnet de víctima no se consigue así como así.



17

LA REVOLUCIÓN TRANS NO HACE PRISIONEROS

Pero si ha habido un ámbito en el que la virulencia de la corrección política y la agresividad de la cultura de la cancelación han alcanzado niveles extremos, éste es sin lugar a dudas el que rodea a la llamada «revolución trans», ese derivado de la ideología de género que pretende llevar hasta sus últimas consecuencias lógicas la premisa de que la biología es completamente irrelevante en cuestiones de género y que cada uno puede autodeterminarse como le venga en gana. Una autodeterminación de género que debe de estar radicalmente desligada de la biología, ser no-binaria (de ahí esas listas interminables de géneros rocambolescos), reconocida socialmente y sobre todo fluida, muy fluida. Si Marx explicaba que en la sociedad comunista del futuro cada individuo podría desarrollar sus aptitudes a su antojo, haciendo que:

> Pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que pueda por la mañana cazar, por la tarde pescar y por la noche apacentar al ganado, y después de comer, si me place, dedicarme a hacer crítica literaria, sin necesidad de ser exclusivamente cazador, pescador, pastor o crítico, según los casos.

Para la ideología de género uno puede levantarse siendo un aburrido cisgénero, pasar a *genderqueer* al mediodía, transexual a la hora de la merienda, andrógino para la cena y acostarse siendo nuevamente un cisgénero de toda la vida.

Partiendo de bases tan falsas y desconectadas de la realidad no es de extrañar que los problemas y contradicciones no dejen de multiplicarse. Al desligar radicalmente el género de cualquier dato biológico dado, al separar absolutamente la identidad de todo sustrato corporal, la identidad de género se convierte en algo puramente declarativo y pasa a depender del reconocimiento por el entorno. Se recrudece así la batalla por la lengua que ha pasado a ser característica de nuestros tiempos, pues quienes deciden ejercer esta autodeterminación de género necesitan que se les reconozcan en público sus pretensiones o, de lo contrario, no pasarían de ser meros imitadores de aquellos locos tocados con sombreros bicornios que repiten que son Napoleón y exigen que se les trate de acuerdo a su dignidad imperial. Si el efecto colateral es lo que se denomina el «borrado de las mujeres» (la erradicación del término «mujer» porque no sería «inclusivo» respecto de los trans), mala suerte.

Por eso, en vez de «mujeres» o «madres» ahora tendríamos que usar el término «personas que dan a luz». Shalanda Young, directora de presupuesto del presidente Joe Biden, preguntada por el motivo por el que emplea este curioso término, respondió que «nuestro lenguaje debe ser más inclusivo». Términos como «birthing parent» (progenitor alumbrador) o «personas con sangrados» están sustituyendo a las supuestamente ofensivas «madre» y «mujer». En el disparatado afán por reconocer todas las supuestas y crecientes «identidades de género» se está intentando borrar la realidad biológica y cualquiera que se enfrente a ella es acosado, maltratado y cancelado.

Algo de lo que nos podría hablar Milli Hill, una feminista pata negra, fundadora en el Reino Unido del «Positive Birth Movement». En noviembre de 2020 se le ocurrió publicar una entrada

en Instagram sobre lo que ella denomina «violencia obstétrica» (que por cierto, atribuye a una conspiración del patriarcado), en la que advertía que quienes la sufrían eran mujeres, no «personas que dan a luz». En mala hora. Una avalancha de protestas cayeron sobre Hill, advirtiéndole que según la doxa correcta la violencia la puede sufrir cualquiera (bueno, tampoco tanto, solamente mujeres, trans y no-binarios). No había duda: Hill era una enemiga de los LGBTQ. Incluso aparecieron posts atacando a quienes habían guardado silencio y no la habían denunciado aún.

Para más inri, Milli Hill había publicado un libro en 2019 titulado *Give birth like a feminist* (Da a luz como una feminista). En una nueva reedición de aquella ley histórica por la que la revolución devora a sus hijos, de repente el libro de Hill pasó a ser tachado nada menos que de «transfóbico, tóxico, peligroso, causante deliberado de daño, odioso y vil». La guinda la puso el que solicitó que no se permitiera a Hill acercarse a menos de un kilómetro de una embarazada.

Poco después, la organización *Birthrights*, para la que Hill trabajaba desde hacía casi una década, incapaz de resistir la presión, prescindió de sus servicios. Hill declaraba, no sin razón, que le parecía estar viviendo una distopía, una sensación horrible que le provocaba mucha ansiedad: «me sentí muy vulnerable». Y añadía que:

> En el mundo de la salud de la mujer y el embarazo, el cambio en el lenguaje es de enorme importancia. Sin embargo, si no lo aceptas, te cancelan, te amenazan y te dicen que eres una persona terrible. La cuestión principal es que están cambiando el significado de la palabra «mujer». Están convirtiendo a la mujer en una categoría abierta a la que cualquiera puede unirse. Si se dice «mujeres y personas que dan a luz», se está diciendo que no todas las que dan a luz son mujeres. Eso es negar la biología. Tenemos que volver a lo básico: cuando decimos «mujeres», nos referimos a la definición del diccionario de «mujeres»: seres humanos adultos de sexo femenino.

Un borrado de las mujeres que se justifica con las mejores intenciones (y cuyos detractores son acusados de los peores crímenes), como atestigua la web médica *Healthline*, donde se puede leer que «es fundamental que las guías de sexo seguro se vuelvan más inclusivas con las personas LGTBI y no binarias». Como lo de la «inclusividad» sirve para todo, la propia web nos aclara que el hecho de que ese colectivo padezca peor salud sexual –y tasas más altas de VIH– está condicionado por lo poco inclusivo que es el lenguaje médico con ellos, algo que van a corregir de inmediato: «nos referiremos a la vagina como "agujero frontal", en lugar de usar únicamente el término médico "vagina"». Ya lo ven, un simple cambio terminológico y la salud de esas personas va a mejorar por arte de birlibirloque. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? ¿Y quién puede ser tan malvado como para negarse a ello? (y ya que estamos preguntando, ¿quién había dicho que el pensamiento mágico quedaba superado en torno a los 7 años de edad?).

Vemos así que, en efecto, negarse a hablar en el lenguaje adulterado que se deriva de la ideología de género y la revolución trans te puede llegar a acarrear acusaciones de «violencia». Es lo que le ocurrió a Abigail Shrier, que vió cómo la Asociación Americana de Libreros se disculpaba por haber promocionado su libro sobre disforia de género, después de que los activistas lo calificaran de «antitrans». De poco sirvió que su autora explicara que *Un daño irreversible. La locura transgénero que seduce a nuestras hijas*, no es «antitrans» ni anti nada, o que el *Economist* y *The Times* lo hayan calificado como uno de los mejores libros del año. Para la Asociación de Libreros, promover una documentada obra de investigación sobre la explosión de «transiciones de género» entre adolescentes es generar «violencia».

Mientras tanto, los casos de borrado de mujeres en el lenguaje no cesan. Como por ejemplo en la Universidad de California, cuyos servicios médicos, para referirse a las mujeres, usan el término «individuos poseedores de cérvix», o en la comunicación de

Tampax, que ya ha hecho anuncios en Estados Unidos refiriéndose a sus clientes como «personas con sangrados», o en el caso de Sands, una organización benéfica que ayuda a las afectadas por una muerte fetal o neonatal, que se refiere a las madres como «personas que dan a luz». Una moda que también ha llegado a España: el Medialab Prado del Ayuntamiento de Madrid lanzaba en junio de 2021 un taller de confección de compresas dirigido, no a mujeres, sino a «gente que sangra» (sin especificar por dónde). Los ejemplos son casi infinitos. La ideología trans tiene pues como consecuencia el borrado de las mujeres... aunque no todas las mujeres se resignan a esfumarse.

J. K. Rowling, la célebre creadora de la saga de Harry Potter, llevaba una apacible vida como escritora de éxito y feminista de izquierdas. Hasta que un día se negó a enmascarar la realidad, se negó a mentir. Todo empezó cuando, en marzo de 2019, la inglesa Maya Forstater fue despedida de su trabajo como experta en el *think tank* Center for Global Development. ¿El motivo? Maya había expresado en Twitter su convicción de que, por mucha autopercepción que se tenga, hablando en términos biológicos una mujer sigue siendo una mujer aunque se declare hombre. Maya fue acusada de transfobia y despedida.

Maya se había mostrado dispuesta a usar el pronombre que cada persona deseara, pero insistía en que el sexo es real y consideraba que una ley no podía obligarla a creer o actuar como si una persona que se declarase trans hubiera cambiado literalmente de sexo. En ocasiones, argumentó, es importante reconocer que el sexo de una mujer trans es masculino, especialmente cuando se formulan medidas sanitarias o se habla de cambios en las leyes.

Maya llevó su despido a los tribunales, que fallaron en su contra en primera instancia, señalando que la actitud de Maya Forstater suponía una «violación de la dignidad de las personas trans» y que por esta razón sus opiniones «no son dignas de respeto en una sociedad democrática».

Fue entonces cuando se lanzó el hashtag de apoyo a Forstater #IStandWithMaya, al que se unió J. K. Rowling. Enseguida la escritora fue derribada de su pedestal y tuvo que sufrir los embates de las turbas online. De repente, Rowling era un peligro para la libertad, una peligrosa fascista a la que no se le debería permitir expresar sus ideas rebosantes de odio. Toda la cantinela que, a estas alturas, tan bien conocemos.

Pero J. K. Rowling tenía tres cosas de las que carecemos la mayoría (al menos de la última): tenía razón, tenía valentía y tenía una desahogada posición económica. Así que la escritora no se arrugó y redobló su apuesta tuiteando este desafío en toda regla: «"Mujeres" es el término correcto, no "personas que menstrúan"». Llegaron, obviamente, más insultos, amenazas y descalificaciones, mientras le exigían una disculpa. ¿La respuesta de Rowling?: «No es odio decir la verdad».

Aún más, J. K. Rowling abandonó el limitado formato de los tuits para explicar, en un texto más extenso, su postura al respecto. En el escrito empezaba mostrando su preocupación:

> Me preocupa la enorme explosión de mujeres jóvenes que desean hacer una transición y también el número cada vez mayor de mujeres que quieren revertir esa transición (volviendo a su sexo original), porque se arrepienten de haber tomado medidas que, en algunos casos, han alterado sus cuerpos de manera irrevocable y les han arrancado su fertilidad.

Y añadía que ella misma muy bien podría haber sido víctima de esta devastadora moda:

> Cuantos más relatos sobre la disforia de género leo, con sus perspicaces descripciones de la ansiedad, la disociación, los trastornos alimentarios, el daño a sí mismo, más me he preguntado si, de haber nacido 30 años más tarde, yo también podría haber tratado de hacer una transición. La atracción de escapar de la feminidad habría sido

> enorme. Luché contra un TOC grave cuando era adolescente. Creo que fácilmente podría haber sido persuadida para convertirme en el hijo que mi padre había dicho abiertamente que prefería.

A continuación, J. K. Rowling sostenía que «ser "mujer" no es un traje de quita y pon» y que «el lenguaje "inclusivo" que llama a las mujeres "menstruadoras" y "personas con vulva" a muchas mujeres les parece deshumanizante y degradante». Para concluir entrando de lleno, a partir de una experiencia personal, en la llamada guerra de los cuartos de baño:

> Cuando se abren las puertas de los baños y vestuarios a cualquier hombre que crea o sienta que es una mujer, entonces se abre la puerta a todos los hombres que deseen entrar. Esa es la simple verdad... El sábado por la mañana leí que el Gobierno escocés está poniendo en práctica sus controvertidos planes de reconocimiento de género, lo que significará que todo lo que un hombre necesita para «convertirse en mujer» es decir que lo es. Para usar una palabra muy contemporánea, me sentí «provocada». Atacada implacablemente por los activistas trans en las redes sociales, pasé gran parte del sábado en un lugar muy oscuro dentro de mi cabeza, ya que los recuerdos de una grave agresión sexual que sufrí cuando tenía veinte años se repitieron en un bucle. Esa agresión ocurrió en un momento y en un espacio en el que yo era vulnerable y un hombre aprovechó una oportunidad. No podía dejar de lado esos recuerdos y me resultaba difícil contener mi ira y mi decepción por la forma en que creo que mi Gobierno está jugando a la ligera con la seguridad de las mujeres y de las niñas.

Aunque los ataques no han cesado desde entonces (y en noviembre de 2021 WarnerMedia anunciaba que J. K Rowling quedaba excluida de la celebración del 20 aniversario de las películas de Harry Potter), la realidad ha ido dando la razón a J. K. Rowling. Por ejemplo, un estudio publicado en el *Sunday Times* confirmaba que casi el 90% de todas las denuncias por asaltos

sexuales, voyerismo y acoso en las piscinas públicas del Reino Unido se producen en baños y vestuarios unisex. Algo de lo que finalmente tomó nota el gobierno británico, que el pasado 16 de mayo de 2021 anunciaba que todos los edificios públicos en el Reino Unido tendrán baños separados por sexo y que los unisex desaparecerán.

Y mientras tanto, ¿qué pasó con Maya Forstater?

Tras la sentencia condenatoria, Maya apeló. Desde entonces vivió inmersa en una batalla judicial que acabó con final feliz: un juez de apelación, el juez Choudhury, dictaminó el pasado 10 de junio de 2021 que Maya Forstater fue despedida injustamente y que las «opiniones críticas con la ideología de género» como las de Forstater «son ampliamente compartidas» y «no pretenden destruir los derechos de las personas trans».

La victoria de Forstater se producía un día después de que Lisa Keogh, estudiante de Derecho de la Universidad de Abertay, en Dundee, Escocia, fuera absuelta de mala conducta por decir en un seminario que «las mujeres tienen vagina». Y pocas semanas después de que la Universidad de Essex se viera obligada a pedir disculpas públicas por haber cedido a las protestas y cancelado una serie de charlas organizadas por feministas contrarias a la ideología de género.

No pensemos que estas cosas solo suceden a muchos kilómetros de aquí: Jesús Barrón, profesor de Biología y Geología en el IES Complutense de Alcalá de Henares fue expedientado y suspendido de docencia en junio de 2021 por la directora del instituto y la inspectora de Educación. ¿El motivo? Enseñar a los alumnos de 1.º de la ESO que sólo existen dos sexos biológicos, o más en concreto, que las mujeres nacen con cromosomas XX y los hombres con cromosomas XY y que nadie puede cambiarlo. Un intento de cancelación en toda regla y al lado de casa. El propio Barrón explicaba que lo que le había pasado equivale a que le hubieran sancionado por explicar a sus alumnos de doce años que la tierra es redonda. En este caso, la historia, por el

momento, ha acabado bien: tras interponer recurso de alzada, la Comunidad de Madrid retiraba en julio la suspensión de empleo y sueldo de Barrón.

En otros ámbitos, como el de la política, las noticias no son tan alentadoras, o al menos eso es lo que se deduce de lo que le ha sucedido a Emma Bateman, la flamante copresidenta del grupo de Mujeres del Partido Verde de Inglaterra. Bateman tiene algunas ideas pintorescas, como que el sexo con el que naces tiene un gran peso en el desarrollo de tu vida (argumenta, por ejemplo, que las mujeres tienen más probabilidades de ser violadas que de ser violadoras). También cree que ciertas experiencias exclusivas de las mujeres, como el embarazo, son importantes.

Bateman compartía la presidencia del grupo con Kathryn Bristow, nacido hombre pero que se autodescribe como «poliamoroso», «pansexual» y utiliza los pronombres «fae/faer» (Bristow se define como «persona femenina de género fae»). A la ingenua de Emma, bastante confundida por esa declaración, se le ocurrió preguntar en una reunión del partido si realmente Bristow era una mujer... inmediatamente fue suspendida por el partido de su cargo. Con estas cosas no se juega. Una rápida consulta en internet le habría informado de que ser «fae», también conocido en inglés como *genderdoe* o *genderthil*, es «una forma de fluidez de género entre cualquier gama de géneros femeninos, géneros no alineados o neutros (como el aporagénero), o sin género, pero que nunca experimenta ningún género masculino». ¡Si está clarísimo, Emma!

18

CÁRCELES DE MUJERES: UNA DOBLE CONDENA

Una de las consecuencias más siniestras de la ideología trans es la apertura de las cárceles de mujeres a cualquier preso que se declare mujer. Un horizonte aterrador para las mujeres que, a la privación de libertad, han de sumar otro castigo, el de la amenaza de sufrir abusos sexuales.

No será para tanto... Que se lo expliquen a las reclusas que tuvieron que compartir instalaciones con Karen White, una «presa» que se llamaba Stephen Wood antes de declararse transgénero y reclamar el traslado a un módulo femenino. Las autoridades accedieron ya que en el Reino Unido la política penitenciaria prima que los reclusos estén en prisiones del género declarado. A los pocos días de su encarcelamiento, sin embargo, fue acusado de varios asaltos sexuales por los que ha sido condenado a cadena perpetua. «Pedimos disculpas sinceramente por los errores que se cometieron en este caso», dijo un portavoz del Servicio Penitenciario británico... pero la política penitenciaria no ha cambiado un ápice.

Se trata de un caso aislado, replicarán algunos, pero lo cierto es que, por ejemplo, solamente en California había en abril de 2021 más de 250 presos, biológicamente varones, esperando a que se resolviera su solicitud de traslado a una cárcel de mujeres. La misma situación en la que se encuentra el terrorista Emily Hari,

que en 2017 atacó una mezquita en Bloomington, Minnesota, y ahora solicita el traslado a una prisión de mujeres porque dice sentirse mujer. De paso, aprovecha para solicitar una reducción de la pena a la que fue condenado porque su supuesta «identidad transgénero» le habría provocado un «conflicto interior» que le habría influido a la hora de realizar su ataque. Ridículo, pensarán seguramente, pero coherente con la visión y las leyes basadas en la ideología de género.

Un fenómeno éste que ya ha llegado hasta nuestro país, como descubrimos en junio de 2021, cuando Jonathan Robaina Santana, juzgado por el asesinato a martillazos de su prima Vanessa Santana, exigió al juez que se dirigiera a él como Lorena porque se sentía mujer. La familia de la víctima cree que es una estrategia para, al pretenderse mujer, evitar ser acusado del delito sexual por el que le piden 15 años más de prisión: efectos colaterales de leyes absurdas basadas en presupuestos delirantes.

CLARO QUE LA PRUEBA FEMENINA ES EN IGUALDAD DE CONDICIONES, ¿POR...?
NEW ZEALAN

19

EL FIN DEL DEPORTE FEMENINO

Otro campo en el que la ideología trans ha impuesto su discurso con enorme agresividad es el del deporte. Si un hombre biológico dice sentirse mujer, hay que admitirlo en las competiciones femeninas. Cuestionarlo se ha convertido en un deporte de altísimo riesgo.

Si a alguien se le ocurre sugerir que una persona con cromosomas XY y, en consecuencia, con testosterona y por ello constitución ósea más recia, más masa muscular, más fuerza y resistencia (y además el pequeño detalle de no tener menstruación), tiene alguna ventaja respecto a sus rivales con cromosomas XX, se puede ir preparando para convertirse en objetivo de las turbas digitales y, muy probablemente, ser cancelada. No le salvará ser una célebre campeona como la tenista Martina Navratilova (por lo demás, lesbiana militante). Tampoco le salvará el apoyarse en los estudios publicados en el *British Journal of Sports Medicine* por el doctor Timothy Roberts que demuestran que incluso los hombres que se someten a una transición de sexo siguen teniendo una ventaja biológica competitiva:

> Los hombres y las mujeres tenemos, como mínimo, 6.500 diferencias genéticas entre nosotros. Y esto influye en cada célula de nuestro cuerpo, en nuestros sistemas orgánicos, en cómo se manifiestan las enfermedades, en cómo las diagnosticamos e incluso en cómo las tratamos en algunos casos, [concluía el doctor].

¿Qué más da la ciencia cuando se ha impuesto el lenguaje trans?

Aunque son cada vez más frecuentes las quejas por la aceptación de hombres biológicos que dicen sentirse mujeres en el deporte universitario estadounidense (y así acceder a suculentas becas en carísimas universidades), las Olimpiadas de Tokio llevaron esta cuestión a las portadas de los diarios de todo el mundo cuando Nueva Zelanda anunció que un transexual, Lauren Hubbard, iba a participar en la competición de halterofilia femenina, arrebatándole así ese puesto olímpico a una mujer que llevaba años entrenando para vivir la experiencia olímpica. El revuelo no duró mucho porque a Hubbard, ya entrado en años, no le bastó la ventaja de su complexión masculina para obtener ninguna medalla, pero el precedente ya ha quedado establecido.

Peor suerte ha tenido la luchadora de MMA (Artes Marciales Mixtas), Celine Provost, quien fue derrotada en solo dos asaltos por Alana McLaughlin, una luchadora trans que hasta no hace tanto era miembro de las Fuerzas de Operaciones Especiales del Ejército estadounidense. De hecho, McLaughlin ha admitido que le había resultado muy difícil encontrar una oponente femenina dispuesta a entablar una pelea con ella, debido a su perfil y a la «ventaja» física que podía darle su condición anterior. El antiguo campeón en artes marciales mixtas, Jake Shields, tuiteó al respecto: «Es una locura que cualquier comisión de lucha permita que una persona trans luche contra una mujer». Si tienen alguna duda de cuál iba a ser el resultado de la pelea busquen en internet una foto de McLaughlin y lo entenderán todo.

Para ir concluyendo con este breve viaje por el disparatado mundo de la ideología de género y el transexualismo nos puede resultar de utilidad la reflexión del Doctor Paul McHugh en su artículo para el *Wall Street Journal* titulado «Transgender Surgery Isn't the Solution» (La cirugía transgénero no es la solución). Allí comparaba la transexualidad con otras no aceptaciones de nuestro cuerpo: «Otro tipo de pretensiones desordenadas son las sostenidas por quienes padecen anorexia y bulimia nerviosa, donde la pretensión que se

aleja de la realidad física es la creencia de quienes están peligrosamente delgados de que tienen sobrepeso». La creencia subjetiva del anoréxico sobre su obesidad, por muy sincera que sea, no le convierte en gordo. Independientemente de sus opiniones personales, el anoréxico está demasiado delgado. McHugh señala que tanto los sentimientos de los enfermos sobre su «género» como sobre su peso sólo existen en su mente, y pretender que la sociedad no pueda cuestionarlos, aunque su sentido subjetivo contradiga la realidad observable, es imponernos un mundo de locos.

Un último apunte: vemos que los woke presentan el «racismo inclusivo», el combate antipatriarcal para deconstruir el matrimonio, las teorías queer o el transexualismo, por citar algunos de los campos de batalla, como formando parte de un solo batiburrillo destinado a configurar el mejor de los mundos posibles. ¿Y qué tienen que ver unos con otros? ¿Qué relación hay entre un médico cancelado porque se opone a inflar a hormonas y extirparle los senos a una chica menor de edad con los problemas de violencia en un barrio de mayoría negra? Parece una pregunta legítima, pero es porque aún seguimos adormilados, incapaces de captar los resortes que explican el mundo. ¿Qué tiene que ver, nos preguntamos? Todo, nos explican los esclarecidos woke, los que ya han despertado, a quienes aún vivimos sumergidos en nuestra somnolienta ignorancia. Por arte de la famosa interseccionalidad, todos los asuntos de la agenda woke están interconectados y forman parte de un gran monstruo, responsable de todas las opresiones que en el mundo han sido, son y serán y al que debemos combatir sin cesar. Poco importa que, por ejemplo, feminismo y transexualismo choquen de manera cada vez más evidente. La realidad afecta poco al fundamento de la ideología woke, parapetada tras su lenguaje hermético, para iniciados, que hace realidad aquello que vio y denunció George Orwell: el lenguaje puede ser una poderosa herramienta en manos de quienes quieren transformar la sociedad a su antojo. Lo que en Orwell era una advertencia, los ideólogos woke lo han interpretado como una invitación.

20

EL MUNDO COMO UNA GRAN GUARDERÍA

Es cada vez más frecuente ver cómo «frágiles» estudiantes universitarios denuncian que ciertos discursos les hacen sentirse «inseguros», por lo que necesitan «espacios seguros» cada vez más amplios en los que nadie pueda llevarles la contraria. Algunos incluso llegan a explicar que ciertas afirmaciones no solo les hacen sentirse inseguros, sino que incluso les perjudican físicamente. En 2017, Lisa Feldman Barrett escribió en el *New York Times* que, aunque normalmente cuando pensamos en daños físicos los asociamos a golpes o heridas causadas por armas, las palabras también pueden ser físicamente dañinas:

> Científicamente hablando [explicaba], no es tan sencillo. Las palabras pueden tener un poderoso efecto sobre el sistema nervioso. Ciertos tipos de adversidad, incluso los que no implican contacto físico, pueden enfermarte, alterar tu cerebro, llegando incluso a matar neuronas, y acortar tu vida.

Fue Christopher Hitchens, uno de los mediáticos «nuevos ateos», quien observó que «la verdadera tendencia de lo políticamente correcto no es inculcar el respeto por la maravillosa variedad de la humanidad, sino reducir cada grupo en subgrupos

y, finalmente, en átomos, para que todos estén en guardia contra todos los demás».

En el Canadá punta de lanza del progresismo woke fue Jordan Peterson uno de los primeros en lanzar la voz de alarma cuando era profesor de psicología en la Universidad de Toronto. Su negativa a usar los pronombres que sus interlocutores la querían imponer (como los inverosímiles pronombres singulares «they», «ze» y «zir» en vez de los «anticuados» «she» or «he») le sumergió de lleno en la polémica y en una tormenta canceladora de la que salió convertido en uno de los pensadores más influyentes del momento.

La quema de libros incorrectos, también en Canadá, a la que nos referíamos antes nos ayuda a comprender mejor cómo funciona esta dinámica de sobreprotección de los alumnos. Julie Béchard, directora general de un organismo educativo en Ontario, explicaba que «si permitimos que estos libros que promueven diversos estereotipos circulen libremente y que los niños puedan leerlos sin ser concienciados del contexto y de su impacto, esto podría propagar aún más estos estereotipos». No se puede dejar en las inocentes manos de estos niños un cómic de Tintín o de Asterix y Obelix. ¡Qué irresponsabilidad!

Pero como han señalado Greg Lukianoff y Jonathan Haidt en *La transformación de la mente moderna: Cómo las buenas intenciones y las malas ideas están condenando a una generación al fracaso*, esta voluntad de proteger al niño de cualquier contrariedad tiene profundas consecuencias. Toda sobreprotección genera fatalmente fragilidad, y la fragilidad genera a su vez una demanda de sobreprotección, dando lugar así a un proceso que se retroalimenta. Es lo que estos psicólogos llaman «*safetysm*» («securitismo»). Lo que antes eran casos aislados ahora es la experiencia mayoritaria. En 2017 un 60% de los alumnos universitarios en Estados Unidos declaraban que para ellos «era importante formar parte de una comunidad universitaria en la que no estuvieran expuestos a ideas que les contradigan o sean ofensivas». Vamos, una universidad donde repitan lo que ya piensas una experiencia

enormemente enriquecedora. Y violenta contra quien osa sostener en público ideas que llevan la contraria: un 30% de los alumnos están de acuerdo en usar la violencia para impedir que se pueda expresar quien amenaza con quebrar esa unanimidad políticamente correcta.

Como explica Géraldine Smith, en referencia a los estudiantes universitarios norteamericanos, «han integrado la idea de que el entorno debe adaptarse a sus emociones y no a la inversa». Se trata, pues, de que su vida universitaria transcurra en un entorno en el que no haya riesgo alguno de que les contradigan, o como escribe Mathieu Bock-Côté en su certero libro *El imperio de lo políticamente correcto*:

> Un entorno universitario purgado de todo vestigio del viejo mundo y liberado de la presencia de aquellos que aún lo defienden, lo que implica a menudo tener que impedir la visita a los campus de conferenciantes juzgados ofensivos o susceptibles de contradecir las exigencias diversitarias.

De este modo, impedir la conferencia de alguien que contradice lo políticamente correcto es presentado como un ejercicio de libertad de expresión, que para el diccionario woke consiste en la libertad de ir en el sentido del progreso ineludible tal y como ellos lo han establecido.

AJÁ, CRISTIANA Y DE IRAK, PERO EXACTAMENTE ¿DE QUÉ DIRÍA UD. QUE ES VÍCTIMA?
DAESH

OFENDIDITOS Y VIGILADOS

21

Va quedando muy claro: estar ofendido, estar oprimido, ser víctima, es la clave. Poco importa la realidad (hay víctimas reales que son dejadas de lado y privilegiados que construyen su fortuna presentándose como víctimas), sino que tu condición de víctima encaje en el relato elaborado por la ideología woke. Lo importante es presentarse como miembro de un colectivo victimizado, lo que te permite juzgar el mundo desde la superioridad moral que te confiere tu condición de víctima y así poder exigir todo tipo de privilegios que hasta ahora ni habías soñado. Hay quien, parafraseando a Descartes, ya habla del nuevo «cogito victimista»: el «Pienso, luego existo» que estudiábamos en clase de Filosofía se ha convertido en un mucho más útil «Sufro opresión, luego existo».

Llegados a este punto, la referencia a René Girard es insoslayable y además nos ayuda a comprender algo importante. Escribe Girard que «los mitos antiguos están contra la víctima, mientras que la Biblia está a favor de ella». La valoración positiva de la víctima está íntimamente vinculada a la cultura cristiana... pero ahora la ideología woke se apropia de ella, distorsionándola y enloqueciéndola. Se cumple una vez más aquello que escribía Chesterton en *Ortodoxia*: «El mundo moderno está lleno de viejas virtudes cristianas que se volvieron locas».

Estamos pues ante un enloquecido culto a quienes designamos como formando parte de la categoría de «víctima». Insistimos: poco importa la realidad, un artista multimillonario de color es una víctima, mientras que un cristiano perseguido en Oriente Medio no accede a ese estatus por formar parte de una religión designada como dominante. Una observación que se alimenta de ese poderosísimo e intoxicador combustible moral que es el resentimiento, constantemente azuzado y que sobrevuela el clima de corrección política y cancelación que vivimos. Un resentimiento que, en palabras de Max Scheler, parte del impulso de venganza para recorrer un siniestro camino jalonado por el rencor, la envidia, la ojeriza y la perfidia. ¿Y cómo es que aparece el resentimiento en quien, en realidad, no tendría motivos para sumergirse en él? El mismo Scheler nos da la respuesta: «por transmisión, por contagio psíquico, especialmente fácil para el veneno psíquico del resentimiento, extraordinariamente contagioso». Y no digamos si contamos con los instrumentos de comunicación a nuestra disposición hoy en día, fabricando «agravios» y «opresiones» sin cesar y señalando nuevos colectivos victimizados sin descanso.

La actitud propia del ofendido indignado, que truena en las redes y exige cancelaciones y compensaciones (eso que algunos han calificado irónicamente como los «ofendiditos»), es lo que se espera de quienes han sido designados como víctimas. Estar ofendido y gritarlo a los cuatro vientos es la forma de mostrar tu condición de víctima. Sin esos ofendidos hipersensibles y vociferantes, masas de resentidos clamando venganza, los mecanismos en los que se basa la ideología woke y la cultura de la cancelación quedarían inoperantes.

Pero no se piense que esos ofendidos tienen que reaccionar a agravios reales o que, al menos, han de estar atentos para detectar cualquier nueva opresión. Eso exigiría un esfuerzo continuado al alcance de pocos. La realidad es que se lo ponen mucho más fácil: los guardias rojos de la revolución cultural woke, verdaderos

profesionales de la indignación siempre al acecho, ahora equipados con el último grito en tecnología, hacen el trabajo por ti, vigilan incansablemente (como el ojo de Saurón) y te dan instrucciones bien precisas acerca de cómo y cuándo mostrar tu irritación de víctima ofendida. De este modo aparece lo que denominan «capitalismo de vigilancia», un mundo en el que el espacio público queda sometido a una vigilancia generalizada cada vez más sofisticada para detectar a quien no sigue las consignas woke. El término fue acuñado por Shoshana Zuboff, profesora de la Harvard Business School, quien en 2019 publicó un libro titulado *La era del capitalismo de vigilancia*, en el que describía una nueva forma de capitalismo creada por Google y perfeccionada por Amazon y Facebook para recoger millones de datos personales y analizarlos con sofisticados algoritmos para así poder predecir el comportamiento de las personas y ser capaces de venderles más. Uno podría creer que este capitalismo de vigilancia se limitaría a promover el consumo, adelantando la oferta a nuestros previsibles deseos, pero Rod Dreher avisa en *Vivir sin mentiras* de que tras esa fachada meramente económica hay algo más, hay mucho más: quienes analizan esos «datos no se limitan a averiguar lo que te gusta; ahora trabajan para que te guste lo que ellos quieren que te guste y sin que se detecte su manipulación». El siguiente movimiento, que estamos viendo desplegarse ante nuestros ojos, es cuando «las empresas e instituciones usan la información que recogen para fabricar el consentimiento hacia algunas creencias e ideologías y para manipular al público para que rechace otras».

22

EL CÓDIGO SECRETO DE LA CLASE DIRIGENTE

El periodista inglés de *The Spectator* Toby Young llamaba la atención sobre un aspecto del mundo de la corrección política que nos puede ayudar a comprender una de sus funciones y por qué las élites parecen sentirse tan a gusto en él.

Se refería Young a los cursillos, obligatorios en muchas empresas, englobados bajo el nombre de «formación sobre el sesgo inconsciente», destinada supuestamente a enseñar a descubrir cómo, inconscientemente, somos racistas, tránsfobos, patriarcales y no sé cuántas cosas más. Y eso a pesar de que un reciente informe de la administración británica concluye que «no hay pruebas de que esta formación cambie el comportamiento a largo plazo o mejore... la igualdad en términos de representación de mujeres, minorías étnicas u otros grupos minoritarios». Vamos, que sirve más o menos como el crecepelo que vendían los buhoneros del Lejano Oeste.

Y sin embargo, son cada vez más las instituciones y empresas que obligan a sus empeados a seguir cursillos sobre «sesgo inconsciente». Young citaba a *colleges* de Oxford como Christ Church, Balliol o Somerville, a organizaciones benéficas como Parkinson's UK o la Cruz Roja, y a grandes empresas como Sodexo, Accenture y Coca-Cola. Unos cursillos que es mejor no poner en

cuestión, como experimentó en sus propias carnes Bill Michael, que se vio obligado a dimitir como presidente de KPMG después de calificar el concepto de «sesgo inconsciente» como «una completa y absoluta mierda» (textual).

Toby Young se fijaba en este suceso para proponer una original pero muy certera hipótesis: en realidad este tipo de cursillos hace justo lo contrario de lo que su nombre parece indicar. Lejos de animar a los blancos a «verificar sus privilegios», les instruye sobre cómo preservar su estatus superior utilizando un código secreto que sólo entienden otros blancos privilegiados.

> Así que cuando se les dice que denuncien la blancura [explica Young], no están afirmando su inferioridad respecto a los negros y otras personas de color, sino su superioridad respecto a los blancos de clase baja que nunca se autoflagelan racialmente. Cuando se les pide que acepten que no basta con ser no racista, que hay que ser antirracista, esto no tiene nada que ver con la eliminación de los prejuicios. Más bien se trata de distinguirse de sus compañeros menos woke.

Y concluye:

> Visto así, hay algo triste en los tontos como Bill Michael que se oponen a este tipo de formación alegando que no tiene sentido. Uno se imagina a los otros altos ejecutivos sentados alrededor de la mesa pensando: «Todos lo sabemos, grandísimo zoquete. Pero fingir que es de vital importancia es una forma de pulir tus credenciales antirracistas y eso, a su vez, transmite a tus colegas que perteneces a este club de élite. Si aún no lo has entendido, quizá deberías trabajar en Grant Thornton». El ex presidente de KPMG es como un personaje de una novela de Evelyn Waugh que se opone a alguna afectación de la clase alta por considerarla poco práctica. Pero es que se supone que precisamente los indicadores de alto estatus no tienen ningún beneficio concreto. Su inutilidad es su objetivo.

¿El lenguaje políticamente correcto como signo de estatus, como modo de mostrar que uno pertenece a la élite dirigente, a pesar de ser manifiestamente absurdo (o precisamente por ello mismo)? Pues no parece andar muy desencaminado.

Y es que a poco que se observe con atención se percibe bien cuál es el verdadero papel de los consultores en «diversidad e inclusividad», contratados por organizaciones públicas y privadas para deconstruir los mecanismos de los supuestos males sistémicos (racismo, machismos y fobias de todo tipo) escondidos en sus estructuras. Son un peaje (que crece a la velocidad de un tumor agresivo) que hay que pagar, con mayor o menor entusiasmo, para sobrevivir en nuestro mundo políticamente correcto. La tarea de estos consultores con abstrusos títulos es principalmente imponer a los empleados sesiones de reeducación y talleres de formación de todo tipo, donde aprenderán a deconstruir sus prejuicios y a identificar sus sesgos inconscientes. Todo el mundo tiene que pagar el *pizzo* (la cuota que cobra la mafia) de la diversidad a los consultores en inclusividad y a todo tipo de comisarios ideológicos para evitar un linchamiento mediático. Los que se niegan a contratarlos son acusados de complicidad con el racismo o el machismo sistémico y se convierten *ipso facto* en candidatos al escarnio público y a la cancelación. Se despliega así una combinación de terror ideológico y extorsión, un método muy eficaz que, al mismo tiempo, genera miríadas de «chiringuitos» en los que se colocan con atractivos sueldos los miembros de la vanguardia del régimen diversitario e inclusivo, la aristocracia de esta nueva revolución.

Algo que ha comprendido bien la Universidad de Bentley, una escuela de artes liberales orientada a los negocios en Waltham, Massachusetts, que ha lanzado una licenciatura en diversidad, equidad e inclusión, unas «materias» que ahora se suelen agrupar bajo las siglas DEI. Lógico, pues cualquier gran empresa que se precie tiene contratado a un gestor de diversidad interno, cuando no un entero departamento e incluso equipos de diversidad externos. «Los puestos de diversidad e inclusión han aumentado un 71% en

todo el mundo en los últimos cinco años, con sueldos medios que oscilan entre los 84.000 y los 126.000 dólares», explica la Universidad de Bentley en su folleto informativo. Y ya sabemos que este tipo de «expertos» genera su propia demanda, descubriendo las opresiones y exclusiones necesarias para perpetuarse en sus puestos.

Eso sí, a veces la creatividad woke, por muy bienintencionada que sea, acaba dando algún paso en falso. Es el precio a pagar por pretender caminar por un campo repleto de minas... que hemos colocado nosotros mismos. Si decíamos que se han popularizado las siglas DEI para referirse a los estudios sobre «diversidad, equidad e inclusión», a algún entusiasta se le ocurrió añadirle una «J» de justicia, de modo que resultase el acrónimo JEDI y que así se le diera un aire épico al asunto con referencias a *Star Wars*. Gran error.

Como explican nada menos que en *Scientific American*, aunque la intención sea buena y las Academias estadounidenses de Ciencias, Ingeniería y Medicina lo estén usando, resulta un término francamente problemático. ¿Por qué? La lista es larga, pero el artículo lo resume así:

> Aunque los Jedi son héroes dentro del universo de la Guerra de las Galaxias, son símbolos inapropiados para referirse a la justicia. Son una orden religiosa de monjes-policía intergalácticos, propensos al salvajismo (blanco) y a enfoques tóxicamente masculinos para la resolución de conflictos (duelos violentos con sables láser fálicos). Los Jedi son también un culto excluyente, cuya pertenencia se basa en parte en la posesión de habilidades psíquicas y físicas elevadas (calificadas como «sensibilidad a la Fuerza»). Además estos poderes sobrenaturales se presentan como atributos biológicos y hereditarios. Así, el potencial de la Fuerza se enmarca como una propiedad dinástica de los linajes nobles (por ejemplo, la dinastía Skywalker). Los heroicos Jedi son así emblemas de una serie de valores y supuestos peligrosamente reaccionarios.

Devastador.

23

UN TOTALITARISMO QUE HA ENTRADO POR LA PUERTA DE ATRÁS

Tras sumergirnos en los orígenes de la corrección política y de su consecuencia más visible, la cultura de la cancelación, hemos recorrido muchas de sus manifestaciones, constatando que está intoxicando todos los aspectos de la vida, sin dejar nada a salvo.

Llegados hasta aquí confiamos en que nadie seguirá pensando que son tonterías que ya pasarán, manías a las que no hay que dar mayor importancia. Cuando la corrección política o cualquiera de las aplicaciones de la Teoría Crítica colonizan nuestras conversaciones y argumentos con oscuros y espurios conceptos, nuestro mundo se hace menos inteligible, menos conectado con nuestras experiencias reales, haciendo muy difícil comprender y orientar nuestras vidas. El objetivo de toda esta terminología (privilegio, interseccionalidad, patriarcado, diversidad, apropiación cultural...) no es arrojar luz, sino oscurecer e intimidar. Se trata de una jerga que pretende destruir nuestro sentido común e impedir que comprendamos lo que ocurre ante nuestros propios ojos.

Regresamos una vez más a Orwell, cuya iluminadora sombra planea sobre todo nuestro análisis, y esta vez no a *1984*, sino a su ensayo *La política y la lengua inglesa* (*Politics and the English Language*), donde examina la relación entre perversión lingüística y política. Allí nos advierte de que «si el pensamiento corrompe el lenguaje, el lenguaje también puede corromper el pensamiento».

La situación de la que advertía ya es la nuestra. Ante las exigencias políticamente correctas y las amenazas de la cultura de la cancelación, «no estás obligado a pasar por todos estos malos tragos», admite Orwell:

> Puedes eludirlo simplemente abriendo tu mente y dejando que las frases hechas la inunden. Ellas construirán tus frases por ti, incluso pensarán tus pensamientos por ti... y cuando lo necesites realizarán el importante servicio de ocultar parcialmente su significado incluso a ti mismo.

Una manipulación del lenguaje y, a través de él, de las mentes que finalmente aspira a que la hegemonía cultural que anhelaba Gramsci haga que el poder político caiga como fruta madura. Algo que Orwell comprendió, sí, pero que Lewis Carroll ya había mostrado en la genial y reveladora conversación entre Alicia y Humpty Dumpty:

> Cuando yo uso una palabra –insistió Humpty Dumpty con un tono de voz más bien desdeñoso– quiere decir lo que yo quiero que diga..., ni más ni menos.
>
> —La cuestión –insistió Alicia– es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.
>
> —La cuestión –zanjó Humpty Dumpty– es saber quién es el que manda..., eso es todo.

Y es que el objetivo de la corrección política nunca se ha limitado a las batallas circunstanciales que plantea, sino que siempre ha consistido, también, en dejar claro quién tiene legitimidad para decidir qué podemos pensar y decir y qué no. La cuestión es saber quién manda. Milosz lo expresaba así: «la palabra es la piedra angular del sistema. Reinar sobre los espíritus permite gobernar el país».

El ejemplo de una gurú woke, Robin di Angelo, nos ayudará a comprender mejor este hecho. Di Angelo, tratando sobre el

supuesto racismo sistémico, escribe: «la pregunta no es: ¿Ha habido racismo?, sino: ¿Cómo se ha manifestado el racismo en esta situación?». Un radical estrechamiento de lo que está permitido plantearse y pensar que muestra una paradoja muy evidente, la que podríamos llamar paradoja del postmodernismo políticamente correcto, siempre dispuesto a deconstruirlo todo a partir del relativismo más radical... para desembocar en el dogmatismo y la imposición más extremas. Porque si sólo hay verdades subjetivas, lo que se impone es la dictadura de quien decreta arbitrariamente lo que es correcto y lo que no. Una dinámica, ya lo hemos señalado antes, que nunca se detiene: si hace unos años la punta de lanza era el matrimonio entre personas del mismo sexo, estamos ya de pleno en la reivindicación del «poliamor» (que le da un halo progre a la poligamia de toda la vida) y ya se adivinan nuevos desarrollos que dejarán obsoleto lo que hoy parece el último grito.

Surge entonces una pregunta: ¿podemos hablar de totalitarismo para designar el mundo en que vivimos, un mundo en el que tanto el Estado como agentes privados (¿recuerdan lo que comentábamos sobre las *Big Tech*?) nos imponen lo que debemos pensar, creer y decir? ¿Un mundo que combina el viejo totalitarismo duro (hard) con el novedoso totalitarismo blando (soft)?

Mucho se ha escrito sobre el fenómeno totalitario desde que se empezó a escribir sobre ese concepto hace ahora aproximadamente un siglo y no es éste el lugar para estudiarlo a fondo. Nos limitaremos a señalar algunos de los rasgos que quienes lo han estudiado con más atención han ido señalando para observar si tienen vigencia en la actualidad. Friedrich y Brzezinski hablan de la presencia de una ideología «centrada y proyectada hacia un estadio final y perfecto de la humanidad, es decir, una afirmación milenarista basada en el rechazo radical de la sociedad existente». ¿Quién puede negar esa tensión utópica a la ideología woke? ¿Quién puede no ver que esa dialéctica está presente en el corazón de la Teoría Crítica?

Emilio Gentile, analizando el totalitarismo, escribía que su objetivo principal «es la conquista y la transformación de la sociedad... la política es interpretada en forma de una religión política que pretende modelar al individuo mediante una revolución antropológica para crear un nuevo tipo de ser humano». Hanna Arendt, por su parte, señalaba como característica definitoria por excelencia del totalitarismo la absorción de lo privado por lo público, algo que refleja muy bien aquel «lo personal es político», el lema que popularizó el movimiento feminista de finales de los años sesenta del siglo pasado. Kemplerer, hablando de la «Lengua del Tercer Reich» (LTI) iba en la misma línea: «la LTI no conoce un ámbito privado que se diferencie del público, como tampoco distingue entre lenguaje escrito y hablado, todo es discurso, todo es público». Y añadía: «la LTI se centra por completo en despojar al individuo de su esencia individual, en narcotizar su personalidad, en convertirlo en pieza sin ideas ni voluntad de una manada dirigida y azuzada en una dirección determinada». Eric Voegelin señalaba otro rasgo definitorio: el totalitarismo es la prohibición de hacer preguntas. Y Augusto del Noce, reflexionando sobre Gramsci en 1973, llamaba la atención sobre la novedad de la forma totalitaria que nos amenazaba entonces y que del Noce situaba en un «futuro próximo»: una que «está tan perfeccionada que no necesita de persecuciones físicas ni de campos de concentración».

Manipulación del lenguaje, milenarismo utópico, transformación radical de la sociedad con la pretensión de crear un hombre nuevo, erradicación del ámbito privado y personal, prohibición de plantear ciertas cuestiones... ¿Totalitarismo de toda la vida? ¿Nuevo totalitarismo blando? ¿Una combinación de ambos? El debate está servido y no lo vamos a dilucidar aquí. Pero sí dejamos constancia de que el mundo políticamente correcto, woke y cancelador, presenta innegables rasgos totalitarios.

24

LA CRISTALIZACIÓN DE UNA PSEUDORRELIGIÓN

No podríamos acabar nuestro recorrido sin detenernos un momento en el carácter pseudorreligioso que los zelotes de lo woke muestran cada vez más a las claras. Son muchos quienes ya lo han advertido: citábamos hace un momento el milenarismo de quienes, mediante su activismo, están decididos a traernos el cielo a la tierra al precio que sea, la política convertida en religión civil o el anhelo por crear un hombre nuevo liberado de imperfecciones (y su corolario: la eliminación de quienes se aferran al pasado y son incapaces de encarnar este radiante futuro). La misma palabra con que se autodenominan es muy reveladora: woke, es decir, despierto, esclarecido. Algunos han intentado traducir el término por el ya vetusto «progre», pero el woke es más amplio y creativo, siempre a la búsqueda incesante de un nuevo límite a superar. El woke sería el hijo hiperactivo y adicto a los alucinógenos identitarios y deconstruccionistas del viejo progre. La palabra inglesa hace referencia al despertar: quien abraza la ideología woke ha despertado de un milenario letargo y ha tomado conciencia de la verdadera naturaleza de las opresiones que azotan nuestra sociedad, es ya alguien esclarecido, iluminado, que desprecia a quien todavía dormita en la oscuridad con una actitud que oscila entre el paternalismo benevolente y la indignación airada.

El politólogo Stefano Abbate, en un penetrante texto publicado en la Revista de Estudios Políticos, llamaba la atención sobre un tipo de persona, los llamados *viri spiritualis* (hombres espirituales), cuya irrupción en la historia profetizaba Joaquín de Fiore en el siglo XII. Para aquel visionario, éstos serían «miembros de la orden que aparecerá en la última etapa de la historia y que combatirán contra la maldad del mundo». Esta categoría de hombres ha aparecido una y otra vez en los diversos movimientos milenaristas que han sacudido la historia con sus mesianismos políticos, tanto si se han servido aún de categorías religiosas como si se presentan ya abiertamente secularizados en la modernidad.

Es precisamente esta secularización en los tiempos modernos, advierte Abbate, la que explica que estos fanáticos:

> Se han convertido en profetas laicos de la próxima esperanza de redención... Su fuerza reside en su distancia con la realidad a causa de la auto-conciencia que han alcanzado de ser portadores vivos de una etapa futura todavía no plasmada en la realidad, pero ya presente en ellos.

Son los esclarecidos woke, portadores y profetas del futuro milenio que ya casi podemos tocar.

Se entiende así la impermeabilidad de la ideología woke a los argumentos racionales. El woke ha abierto los ojos y ha tenido una gloriosa visión. Cualquier crítica es, por definición, apología de la opresión. La misma razón no es más que un instrumento de dominación, expresión del supremacismo blanco, heteropatriarcal y eurocéntrico. Quien no abraza lo woke se pone del lado del «discurso de odio» y no hay que tener miramientos con él: su corolario inescapable es la cultura de la cancelación y la fiebre iconoclasta de quienes están en el lado correcto de la historia. La quema de libros incorrectos en Canadá muestra bien a las claras el nervio del asunto, que no es otro que acabar con todo vestigio de un mundo que hay que hacer desparecer y que, simbólicamente, es erradicado al ser pasto del ritual del fuego purificador.

Se configura de este modo una especie de culto, basado en una serie de afirmaciones dogmáticas (su pretendido carácter científico no resiste el más mínimo análisis) que no se pueden cuestionar, donde el hecho de haber nacido blanco y/o varón constituye el mayor pecado original y que cuenta con rituales públicos como los desplegados por Black Lives Matter, herejes como la escritora J. K. Rowling y profetas que, desde sus bien remunerados puestos en departamentos de inclusividad o burocracias tanto estatales como supranacionales, nos aleccionan sobre cómo debemos actuar para estar a la altura de esta nueva y esclarecida cosmovisión.

Una pseudorreligión, además, que decreta numerosos tabúes (aquellas preguntas que no se pueden plantear de las que advertía Eric Voegelin) que no se pueden abordar y que hace que, tras una fachada de cartón piedra de respeto a la pluralidad se imponga una homogeneidad ideológica sin fisuras. Una pseudorreligión que hace también del victimismo uno de sus combustibles, inventando nuevas víctimas sobre las que fundar sus proclamas y sus rituales de purificación. Una pseudorreligión que asume plenamente la tentación demiúrgica de la modernidad que cree que todo es posible, también la creación de un nuevo tipo de hombre. Una pseudorreligión que exige un alto grado de entusiasmo y que contempla el silencio o la tibieza como algo sospechoso, que no se contenta meramente con ser aceptada, sino que exige una adhesión enfervorizada. Una pseudorreligión, en fin, que ve injusticias y opresiones por todas partes, que condena y exige la humillación pública del trasgresor, pero que no conoce el perdón: cuando uno es cancelado, no hay redención posible, uno queda marcado de por vida.

La ideología woke toma pues la forma de una pseudorreligión política que complementa la aridez de, por ejemplo, la abstrusa teoría de la deconstrucción (con sus falsas ínfulas científicas), con el fervor sectario del iluminado. Clama sin cesar contra las opresiones e injusticias que en su alucinada mirada descubre por doquier pero, lo acabamos de señalar, al contrario que en la buena

nueva cristiana, desconoce el perdón: aquella falta cometida hace décadas y que ahora sale a la luz pública te condena irremisiblemente. Prometen la utopía y, como sucede siempre con este tipo de promesas, nos llevan a un infierno en el que solo la élite woke, aquellos *viri spiritualis*, tiene su vida solucionada, mientras el resto nos conformamos con que su rayo cancelador no caiga sobre nosotros y nuestras conciencias aún no suficientemente esclarecidas.

No es la primera vez que eclosiona un fenómeno de este tipo. Christopher Dawson, en su obra sobre la Revolución francesa, *Los dioses de la revolución*, ya detecta el advenimiento de este tipo de pseudorreligión. Escribe al respecto que:

> Esta nueva religión no es algo meramente ideal, tiene su jerarquía y organización eclesiásticas... Lo que la Revolución exige es una nueva religión civil de espíritu totalitario, cuya tarea fundamental, por delante de cualquier otra cosa, sea el servicio al Estado.

También la pseudorreligión woke tiene su jerarquía y sus centros magisteriales y también aspira a constituirse en religión civil, con sus fiestas propias, sus ritos y sus lugares de culto. Al tratarse, además, de una religión política, toma los rasgos de las iglesias establecidas, apoyadas y sostenidas por el Estado y que regulan y filtran el acceso a los puestos de poder, reservados a sus creyentes. Si las *Test Acts* vigentes en Inglaterra desde el siglo xvii hasta principios del xix reservaban a los anglicanos el acceso a los cargos públicos, discriminando a los católicos que rechazaban prestar juramento de lealtad a la Iglesia de Inglaterra y se negaban a firmar una declaración en la que se rechazaba la transubstanciación, ahora las consignas woke políticamente correctas funcionan como renovadas *Test Acts*: quienes se niegan a afirmar su compromiso con ellas quedan excomulgados de esta nueva pseudorreligión establecida y ven cómo se les cierra el acceso a una profesión respetable.

25

VIVIR EN LA REALIDAD, NO EN UN MUNDO DE MENTIRAS

Acabamos ya este delirante viaje, a ratos terrible, a ratos ridículo, pero siempre amenazante. Surge una última pregunta: ¿qué podemos hacer? ¿qué actitud tomar ante esa imposición, esa autocensura, esa autoflagelación que tarde o temprano se cruzará en nuestro camino?

Porque es muy probable que uno no tenga ningunas ganas de verse inmerso en un proceso público de cancelación, pero también es creciente la probabilidad de que, sin desearlo, uno deba enfrentarse a una situación en la que deba elegir entre decir la verdad y asumir las consecuencias o mentir, amoldarse a lo políticamente correcto y pasar desapercibido. La mayoría, ocupados como estamos con nuestras familias, nuestros amigos, nuestros trabajos y actividades, preferiríamos pasar de perfil por todas esas batallas, controversias y cancelaciones que dividen a nuestra sociedad. Pero al igual que les ocurrió a los disidentes en la era soviética, y a tantos otros antes que ellos, la neutralidad ya no es una opción. Empezarán pidiéndote gestos insignificantes (una pegatina arco iris en el escaparate de tu tienda, emplear el tedioso «lenguaje inclusivo» en tus comunicaciones,...) y acabarán exigiéndote cuotas de diversidad, cambios en las normas de contratación y sesiones de formación en sesgo inconsciente.

No es descabellado pensar que vivimos una nueva versión de la «teoría de las ventanas rotas», esa teoría que proviene del ámbito de la criminología y que nos advierte de que la existencia en un barrio urbano de pequeños signos visibles de desorden y vandalismo fomenta más desorden y vandalismo... hasta llegar a la comisión de delitos graves. Esas ventanas rotas y abandonadas lanzan el mensaje de que el tipo de comportamiento que las provoca es tolerado, de que a nadie le importa, alimentando así una escalada de vandalismo y transgresión. Y lo que vale para explicar la degradación de ciertos barrios, vale también para explicar dinámicas análogas en otros ámbitos. Los pequeños gestos woke son como ventanas rotas de nuestra vida social y política que manifiestan la profunda distorsión de nuestra cultura y nos impulsan por un camino de creciente exclusión y cancelación.

Otro aspecto a considerar para comprender los efectos de las cancelaciones y cómo podemos combatirlos es algo que ya señaló Pieter Spierenburg en su estudio sobre las ejecuciones públicas en la Europa preindustrial. Aquellas ejecuciones, lo mismo que nuestras cancelaciones, tenían una función ejemplarizante que servía como elemento disuasorio y que salía muy reforzada cuando el condenado confesaba su culpa y asumía su castigo. La ausencia de tal cooperación, explica Spierenburg, no sólo hacía que la ejecución fuera menos perfecta, sino que también la hacía potencialmente contraproducente: un condenado que se negara a desempeñar el papel asignado podía despertar la simpatía del público, especialmente si había dudas en torno a su supuesta culpabilidad, y todo el espectáculo podía entonces volverse contra los verdugos y las autoridades y desencadenar disturbios, como de hecho ocurría en ocasiones.

En nuestro actual clima de cancelaciones, este mecanismo opera a través de la humillación que supone la disculpa pública por la que debe pasar el cancelado. La disculpa, lo veíamos por ejemplo en el caso del compositor David Elder, da un sello de veracidad retrospectiva al proceso cancelador. Es el momento en

que la víctima de la cancelación cumple su papel y va voluntariamente a la muerte. Por eso, en los casos de cancelación, más letal que la acusación inicial es la disculpa subsiguiente, que equivale a admitir la culpa moral. Al pedir disculpas a tus verdugos, aceptas la acusación y avisas de que no vas a morder la mano que te estrangula con tal de que te dejen morir en silencio y se olviden de ti. Además, el espectáculo público de tu cancelación advierte a potenciales discrepantes de lo que les espera si provocan la ira de la turba woke.

La lección es obvia: no juegues a su juego, por muy tentador que sea, nunca, jamás te disculpes ante el acoso cancelador. Esto puede resultar difícil y tener un elevado coste, pero es que la situación que viven las víctimas de este acoso ya es difícil e implica un coste y las disculpas no lo van a cambiar. De este modo la víctima puede al menos preservar su dignidad sin rebajarse a convertirse en un pelele en manos de la turba woke enfurecida.

En ocasiones, además, el no someterse a las imposiciones woke puede acabar incluso bien. Es el caso del sacerdote David Palmer, de quien explicábamos antes que había sido rechazado como capellán católico por la Universidad de Nottingham al negarse a rectificar sus palabras sobre la eutanasia. Palmer no cedió y su obispo le apoyó explícitamente: el pasado 27 de septiembre la Universidad anunció que finalmente aceptaba su nombramiento como capellán católico de la misma tras haber revisado su procedimiento de nombramiento de capellanes.

No pedir disculpas ni aceptar imposiciones es un primer paso, pero ¿qué más podemos hacer para hacer frente a la cultura woke de la cancelación? ¿Crear instituciones, asociaciones, medios de comunicación, redes que nos protejan de sus ataques? ¿Promover cambios políticos y legislativos que frenen la ofensiva woke y promuevan el bien común y no la fragmentación identitaria y el enfrentamiento por principio? Sí. Sí. La respuesta es afirmativa en ambos casos. ¿Qué hay que hacer? Todo, esto y aquello, e incluso eso otro que aún no se nos ha ocurrido. Teniendo siempre como

guía las palabras de Alexander Solzhenitsyn en 1974: «La revolución se mantiene con la mentira. "Ellos", los dirigentes totalitarios, exigen que nos incorporemos a su mundo de falsedades, e incluso que defendamos con entusiasmo sus mentiras. Y solo temen una cosa: que no lo hagamos».

Hay que rechazar siempre la mentira, negarnos a llamar de una determinada manera, políticamente correcta, algo que en realidad no es así, sin caer nunca en la trampa de hablar con sus términos, falsos como cartas marcadas y que, no nos engañemos, no son banales ni recuperables. En un régimen totalitario se espera que los ciudadanos mientan; la gente se atiborra de mentiras y luego las vomita siendo plenamente consciente de su falsedad. En realidad no nos piden, al menos por ahora, que nos las creamos, les basta con que vivamos en ellas, el resto ya llegará de manera casi imperceptible. Como señalaba Václav Havel, «los individuos confirman el sistema, cumplen el sistema, hacen el sistema, son el sistema». Es por ello que si nos negamos a mentir, si rechazamos su juego, su andamiaje de mentiras empezará a tambalearse.

Hablábamos antes del experimento de Asch en el que se demuestra que la presión social puede llegar a hacer que uno niegue incluso aquello que ve con sus propios ojos si todos afirman ver otra cosa. Pero hay una interesante variante al experimento. Si en la versión original cuatro personas compinchadas dicen ver algo manifiestamente falso y el quinto sujeto del experimento afirma también esa falsedad, negando lo que ve con sus propios ojos, en esta variante hay dos personas no compinchadas. Si una de ellas es capaz de llevar la contraria a quienes están compinchados y dice la verdad, aquello que ve con sus propios ojos, sin ceder a la presión de afirmar lo que todos dicen, la segunda persona objeto del experimento se libera de la presión y afirma también la verdad. Si estamos solos es fácil ceder, si nos sabemos acompañados es mucho más fácil plantarle cara a la mentira. Quien lo tiene difícil es el primero que se niega a mentir y negar la evidencia, pero su gesto abre la puerta a que muchos otros le sigan.

No mentir, decir lo que uno ve y, un paso más, atreverse a mirar sin orejeras ni filtros. Si Arthur Koestler avisaba de que, bajo el régimen comunista soviético, «tenía dos ojos para ver y un espíritu condicionado para eliminar lo que veían», es Charles Péguy quien, en una fórmula genial, nos invita no solamente a decir lo que uno ve, sino, en primer lugar y ante todo, a ver lo que está ante nuestros ojos. Y es que, volviendo a Solzhenitsyn, el totalitarismo obliga al hombre a vivir en una mentira institucionalizada, que ve pero no puede nombrar y que, paulatinamente, deja incluso de percibir... hasta el punto de denunciar a quienes aún la perciben y se niegan a vivir según ella.

Necesitamos pues valientes que quiebren el consenso de mentiras sobre el que se asienta la cultura woke, que con sus gestos den pie a una dinámica de verdad liberadora. Son personas que el novelista y visionario Philip K. Dick vislumbraba así:

> Es alguien que sabe instintivamente lo que no debe hacer y que además se resistirá a hacerlo. Se negará a hacerlo, incluso si esto le acarrea terribles consecuencias a él y a los que ama. Éste es, para mí, el rasgo finalmente heroico de la gente corriente: dicen no al tirano y asumen con calma las consecuencias de esta resistencia. Sus actos pueden ser pequeños y casi siempre pasan desapercibidos, no quedan reflejados en la historia. Sus nombres no son recordados, ni estos auténticos humanos esperan que lo sean. Veo su autenticidad de una manera extraña: no en su voluntad de realizar grandes actos heroicos, sino en sus silenciosos rechazos. En esencia, no se les puede obligar a ser lo que no son.

26

LISTA PROVISIONAL DE TÉRMINOS QUE HACEN SALTAR TODAS LAS ALARMAS

1. Inclusividad
2. Interseccionalidad
3. Privilegio blanco
4. Patriarcado
5. Masculinidad tóxica
6. LGTBIfobia
7. Heteronormatividad
8. Transfobia
9. Antiespecismo
10. Poliamor
11. Gordofobia
12. No binario
13. Edadismo
14. Deconstrucción
15. Decolonial
16. Cisnormatividad
17. Apertura
18. Apropiación cultural
19. Capacitismo
20. Explotación
21. Etnocentrismo
22. Discriminación positiva
23. Sexo fluido
24. Discurso de odio
25. Perspectiva de género
26. Racismo estructural
27. Consenso
28. Falocentrismo
29. Sesgo inconsciente
30. Víctima
31. Adyacencia blanca
32. Tolerancia
33. Antidemocrático
34. Sororidad
35. Señoro
36. Fuerzas de progreso
37. Autoidentificación
38. Malgenerización
39. Justicia climática
40. Estigmatizar

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE,
MANUAL DEL BUEN CIUDADANO PARA COMPRENDER Y RESISTIR A LA CULTURA DE LA CANCELACIÓN
DE CEU EDICIONES,
EL DÍA 25 DE ENERO DE 2022,
CONVERSIÓN DE SAN PABLO,
EN LOS TALLERES DE FORLETTER, S. A.

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

MANIFIESTO APTO SOLO PARA ESPÍRITUS LIBRES.

SÚMATE A CANCELADOS

MANUAL ~~DEL BUEN CIUDADANO~~ PARA COMPRENDER Y RESISTIR A LA CULTURA DE LA CANCELACIÓN

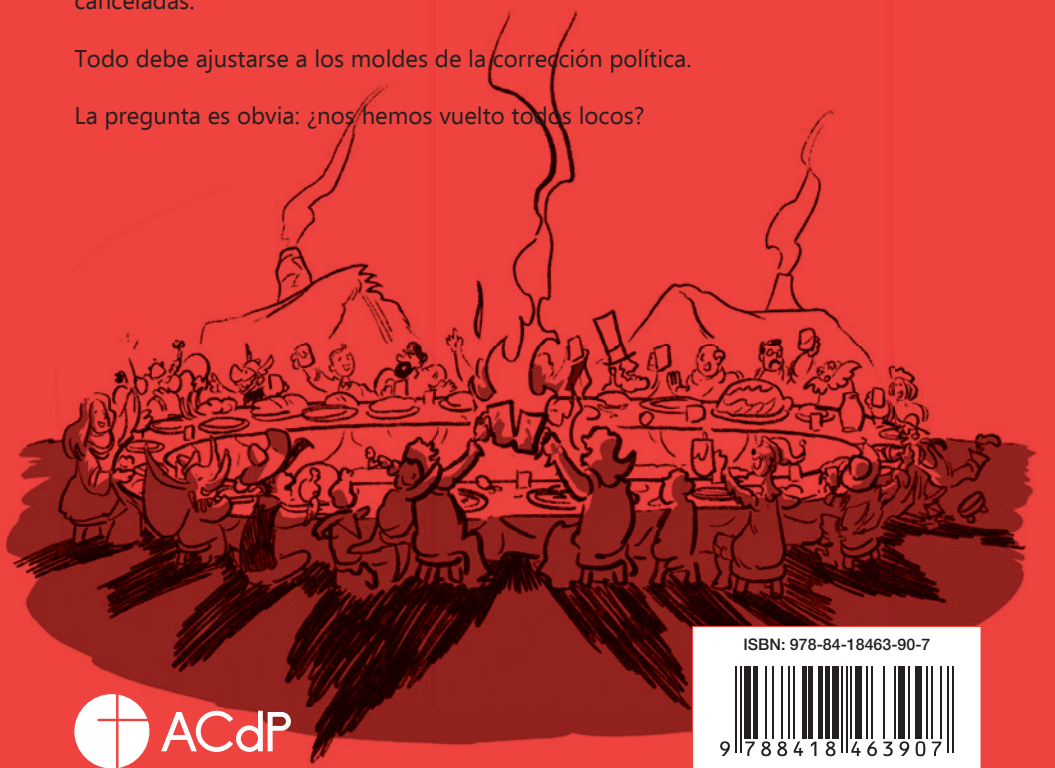
Vivimos tiempos en los que el pasmo se convierte en rutina. Nos desayunamos con noticias que no hace mucho eran consideradas inverosímiles, política-ficción del peor gusto que habría arruinado la carrera del más reputado guionista.

Profesores expedientados por enseñar que el sexo está determinado por un par de cromosomas, cuentas de twitter suspendidas por afirmar que la hierba es verde, violadores convictos que dicen ser mujeres para ser trasladados a una prisión femenina donde violar a unas cuantas reclusas, estatuas de san Junípero Serra derribadas por «justicieros» descendientes de los puritanos que masacraron a los indígenas norteamericanos, mujeres deportistas que ven cómo su puesto en las Olimpiadas es ocupado por competidores con genitales masculinos, inocentes películas descalificadas como si fueran horrendas abominaciones (¡si hasta Dumbo es ahora políticamente incorrecto!), palabras de toda la vida que, de un día para otro, se convierten en términos prohibidos que pueden arruinar tu carrera o incluso tu vida...

Palabras canceladas. Estatuas canceladas. Libros cancelados... e incluso personas canceladas.

Todo debe ajustarse a los moldes de la corrección política.

La pregunta es obvia: ¿nos hemos vuelto todos locos?



ISBN: 978-84-18463-90-7

ACdP